

Ramiro Ledesma: Su interpretación del fascismo Carlos Caballero

EDITORIAL

El tema central de este número es la figura de Ramiro Ledesma. A través de ella nos proponemos buscar una respuesta a un problema básico de la historia contemporánea de España: ¿por qué fracasó el fascismo en España? ¿por qué nunca sobrepasó el nivel de partido minoritario y marginal?

*Jiménez Campo ha escrito un interesante libro, *El fascismo en la crisis de la IIª República* donde ha formulado, a nuestro entender adecuadamente, el tema del fracaso del proceso de fascistización de España. Creemos que pocas figuras como la de Ramiro Ledesma ilustran y explican este fracaso.*

*Componen este trabajo dos artículos, que son sendos capítulos de libros inéditos hasta el momento. El de Carlos Caballero está extraído de su libro *La derecha española ante el fascismo, 1922-1936*. Y el de José Cuadrado procede de su libro *Ramiro Ledesma Ramos: un romanticismo de acero*.*

Caballero se propone mostrarnos el excelente nivel teórico del análisis del fascismo en Ramiro Ledesma, muy por encima y muy distinto del formulado por la derecha española de su época. El fascismo fue deformado por la derecha española, que lo presentó como un fenómeno puramente reaccionario y violento, identificándose con él en nombre de la eficacia de su antimarxismo, sin querer entender su mensaje revolucionario. Era casi imposible que ese fascismo reaccionario hallase eco entre el pueblo y se transformase —como había ocurrido en Italia o Alemania— en un gran movimiento de masas.

Cuadrado, con un tono polémico y unas acusaciones muy duras —no necesariamente compartidas por el CEHRE pero que, obviamente, no vamos a censurar, por ser la libertad de expresión pilar básico de nuestra actividad— personifica las causas del fracaso del fascismo en España en la figura, por otros semidivinizada, de José Antonio Primo de Rivera. Si quizás el análisis de Cuadrado resulta demasiado unilateral no por eso es totalmente rechazable y, al contrario, tiene el valor de sugerir nuevas perspectivas, nuevas posibilidades de análisis, a tener muy en cuenta. En todo caso la verdad sobre el tema del evidente fracaso político del proyecto que suponía Falange Española vendrá de esta confrontación de tesis, no de la bobalicona repetición de los rituales de culto a la figura de su líder.

* * *

Ramiro Ledesma Ramos es una de las figuras más trágicas de la historia contemporánea de España. Militante revolucionario comprometido con su tiempo y con su pueblo, intelectual vigoroso, su mensaje ha sido distorsionado como pocos, su historia ha sido olvidada y desvirtuada de forma ominosa. ¿Qué ha representado Ledesma, al fin y al cabo? Mucho y nada. Durante cuarenta años una serie de eslóganes, símbolos y consignas por él creadas han sido usufructuadas por gente ajena a su pensamiento y a sus ideales, que lo ha silenciado y ocultado, cuando no vejado. Sus consignas, como “España, una, grande y libre”, “Por la Patria, el Pan y la Justicia” han sido machaconamente repetidas durante cuarenta años; su teoría política, el “nacional-sindicalismo”, ha pasado por ser teoría política oficial de un régimen excepcionalmente largo. Se podría pensar que por su influencia Ledesma debería ocupar un lugar destacado en la historia del pensamiento político español pero no es así. Primero, porque Ledesma en realidad ha sido sistemáticamente ocultado; segundo, porque, como ya todo el mundo sabe, en España jamás hubo un régimen propiamente fascista (en el cual la influencia ideológica de Ledesma sí hubiese sido grande). Por mucho que Franco se autotitulase Jefe Nacional de una organización cuyo larguísimo nombre acababa con las palabras “nacionalsindicalista”, Ledesma no ha ejercido ninguna influencia

real en la política contemporánea española. Ni siquiera aquellos que han continuado llamándose “nacional-sindicalistas”, esto es, los falangistas, han mostrado respeto o aprecio por su figura. Hasta los historiadores parecen empeñados en empequeñecer su figura, sobre todo en relación con la de José Antonio Primo de Rivera. La más difundida de las historias del fascismo español, la de Payne, es, a este respecto, sintomática. En cuanto a los historiadores que han tratado de ofrecer una visión global del fascismo europeo, tampoco se han portado muy justamente con él. Una excepción es Nolte, quien escribe “Ramiro Ledesma Ramos aparecía como decidido partidario de este distanciamiento (respecto a la derecha autoritaria española N.d.A.) (...) Las realidades sociales españolas eran, por su parte, objeto de un radical enfoque crítico, de tal manera que su programa hubiera podido inscribirse en la izquierda de no haber contenido una afirmación nacional, en la que desempeñaba su papel el orgullo del pasado imperial de España”. Para Carsten (en *La Ascensión del Fascismo*) el veredicto es algo simplista: Ledesma era un joven deslumbrado por el nazismo y de gran radicalismo en sus planteamientos. Hugh Thomas, en cambio, se muestra, como Payne, bastante despreciativo hacia su figura (ver el capítulo sobre España de la obra colectiva, dirigida por Woolf, *El Fascismo Europeo*). Para los fascistas europeos, por su parte, el pensamiento de Ledesma es totalmente desconocido. Sólo un libro ha sido publicado, que sepamos, en italiano, sobre su figura. Así que mientras asistimos al rescate de figuras como Brasillach, Drieu la Rochelle, Codreanu o el mismo Primo de Rivera, la figura de Ledesma sigue siendo plenamente desconocida por quienes sin duda, podrían admirarle más.

Hagamos balance, Ledesma es odiado por la izquierda, que sabe que a él se debe la paternidad del fascismo español; permanece irreconciliable con la derecha liberal o conservadora, a la que fustigó; ha sido deformado por el franquismo; es rechazado por amplios sectores del falangismo y enteramente desconocido por los movimientos nacional-revolucionarios europeos... ¿No es una tragedia para un pensamiento, que abandonó la filosofía y la ciencia, a fin de ser útil a su pueblo en la política? Víctima del odio, del olvido y de la deformación, su vocación de servicio parece perderse en la nada.

Y sin embargo Ledesma es increíblemente sugestivo como objeto de estudio. Su dimensión humana es atractiva. Su pensamiento es interesante, matizado y comprometido. Su valor testimonial, grandísimo. Quizá sea la más perfecta personificación del fascismo en España. Por un lado porque representa, a la perfección, en su vida y en su obra, todos los elementos integrantes, todas las contradicciones y todas las posibilidades del fascismo, singularmente de un fascismo radical. Por otro, porque nadie mejor que él resume la historia del fascismo español. Ricardo de la Cierva ha escrito que quizás Ledesma haya sido el único auténtico fascista español. En cualquier caso, en su persona se dan todas las circunstancias que se darán, en un nivel diferente, claro está, en la historia del fascismo español. Una historia también trágica, prematuramente truncada, que se disuelve en una de las mayores falsificaciones de los tiempos contemporáneos. Ambas historias, la personal de Ledesma y la general del fascismo español, están marcadas por el odio, la muerte, la incapacidad para hacerse escuchar por sus compatriotas y, al final, por la suplantación y el descrédito gratuitos.

INTRODUCCIÓN

No podemos intentar estudiar en los estrechos márgenes de este número toda la obra y pensamiento de Ledesma. Existen, además, varios estudios globales sobre él, aunque siga teniendo razón, sin embargo, Manuel Pastor, cuando escribía que aún no existía ninguna buena biografía de Ledesma (cfr. *Orígenes del fascismo en España*) Podemos disponer de los textos de compañeros de militancia (Emiliano Aguado, Juan Aparicio, pero sobre todo su fiel seguidor y notable inteligencia, Santiago Montero), de la biografía de Ledesma, tan amplia como poco interesante, del estudio de Sánchez Diana, más ágil y moderno, pero notablemente desenfocado... En cuanto a la bibliografía que sobre el fascismo español existe y circula, concede a Ledesma diferentes grados de interés y simpatía. La popular biografía de Primo de Rivera debida a Ximénez de Sandoval, por ejemplo, deja muy mal

parada su figura. Otras son con el más benevolentes, e intentan rescatar su figura; pero son muy pocos los que intentan comprenderlo y, menos aun, ponerse de su parte, a partir del momento en que se separa de Falange. Así por ejemplo una obra reciente, el José Antonio. Apuntes para una biografía polémica intenta endulzar la figura de Ledesma a los joseantonianos, hablando, sintomáticamente, de una hipotética reconciliación entre Ledesma y Primo a última hora.

En las obras que no son debidas a autores falangistas se notan también posturas diversas respecto a Ledesma. Payne, ya lo hemos comentado, no muestra un especial interés por él. Southworth, en su Antifalange, ha escrito, en cambio, que “En realidad Ledesma fue el mayor genio del movimiento, estableció sus bases principales, inventó sus eslóganes más eficaces”. Raúl Martín (en La Contrarrevolución falangista) dedica especial interés al enfrentamiento entre Ledesma y Primo, manteniendo que este último desplazó a aquel del puesto de jefe fascista que, en realidad, le correspondía. Desde otra perspectiva, bastante distinta, De la Cierva se expresa en términos respetuosos hacia Ledesma, y a la vez que reconoce su capacidad intelectual y lo interesante de su personalidad, pone el acento sobre su ajustado análisis de la fascistización de la derecha española.

En cuanto a la obra escrita del propio Ramiro Ledesma, fácil es suponer la suerte que ha corrido. Mientras que el régimen franquista publicaba en repetidas ocasiones las Obras Completas de Primo, y algo menos las de Redondo y Ruiz de Alda, nunca se hizo lo mismo con las de Ledesma. Las ediciones antológicas de La “Conquista del Estado” y de “JONS” que realizó Juan Aparicio fueron sometidas a la censura militar, según nos informa Southworth. Sólo el Discurso a las juventudes de España fue reeditado varias ocasiones, pero solo muy tardíamente su edición fue asociada al capital texto de ¿Fascismo en España?, texto no reimpresso desde 1935. Todo ello contrasta con la machacona reedición, a cargo de las Ediciones del Movimiento, de antologías de pensamiento joseantoniano.

Este viene a ser, a grandes rasgos, el panorama de la bibliografía sobre Ledesma, a la que debemos remitir a quienes deseen hacerse una idea más completa sobre él. Porque aquí sólo vamos a estudiar con profundidad el tema de la interpretación del fascismo en Ledesma, por una parte, y el papel de Ledesma en la historia del fascismo español, por otra.

Además de ser un fascista paradigmático, típico, tanto por su biografía como por su pensamiento, Ledesma es un profundo analista y conocedor del fascismo, cualidades que no siempre van unidas, ni mucho menos, pues lo usual es que en los estudios fascistas del fascismo mismo encontremos muy poco valioso; no ocurre esto con Ledesma, cuyos aciertos a la hora de enjuiciar el fascismo nos revelan no sólo un profundo conocimiento de este fenómeno, sino también su gran envergadura como teórico de las ciencias sociales. No es un trabajo fácil el recoger esta interpretación ramiriana del fascismo. Hay que subrayar, para empezar, que es una interpretación documentada, exacta, crítica, muy por encima, mucho más acertada y justa, que las demás que por entonces se realizaban en España. Y en esto incluimos las de gentes próximas a Ledesma, como Giménez Caballero, uno de los primeros en difundir el fascismo en España, pero cuya interpretación, según demuestra Ledesma en ¿Fascismo en España?, no es muy adecuada, o el mismo José Antonio Primo de Rivera.

Un factor a tener muy en cuenta es la diferente perspectiva en que nos encontramos. Muchos se horrorizarán al conocer las perspectivas que sobre el fascismo mantenía Ledesma. En un mundo totalmente contaminado por el antifascismo más visceral y absurdo, sus opiniones, casi enteramente positivas, han de chocar agudamente. Estas palabras no están, sin embargo, destinadas a justificar la interpretación positiva que del fascismo hace Ledesma, frente a la negativa hoy extendida. Se trata, simplemente, de anotar unos hechos como el de que hoy podemos ya disfrutar de una visión mucho más amplia, con más perspectiva, más completa del fascismo. No solo del fascismo italiano. También del fascismo como fenómeno europeo. Ledesma sólo conoció a fondo los casos de Italia y Alemania, y no pudo asistir completamente esa época en que —como escribe Degrelle— “Europa era fascista”, es decir, los años finales de la década de los 30, que presenciaron una intensa actividad de los diversos fascismos europeos, y los inicios de la década de los 40, con la guerra que enfrentó a escala planetaria al fascismo con el capitalismo anglo-americano y el

comunismo ruso. Hoy conocemos mejor esta dimensión europea del fascismo que Ledesma no llegó a ver plenamente (remito al lector a mi libro Los Fascismos Desconocidos). Esta es precisamente, la más importante falta a anotar en la interpretación ramiriana: su falta de una adecuada perspectiva europea. Y así, mientras que engloba en una misma tendencia a veces a la Rusia de Stalin, la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler —lo que debía haberse matizado más—, en otras subraya en exceso las diferencias entre los regímenes italiano y alemán. Igualmente revelador de su falta de perspectiva es el hecho de que conceda mayor espacio al análisis del fascismo italiano que al del alemán, pero es lógico porque, mientras él vivió, se consideraba a Mussolini como la figura significativa y a Hitler como un imitador aventajado. A este respecto él está muy avanzado, pero no pudo llegar a ver, como hoy se nos muestra nítidamente, que la figura central, el eje de la época, va a ser Hitler y su Alemania nacional-socialista.

Interesa mucho también el centrar la interpretación de Ledesma en el conjunto de las que, en la época, se hacían en España. En lo referente a la izquierda el asunto estaba meridianamente claro tras las derrotas que, en toda Europa, inflige el fascismo a la izquierda, sobre todo el aplastamiento de la izquierda alemana, de tan fuerte tradición y alta significación, no es el momento adecuado para detenerse a interpretar el fascismo. La consigna es aplastarlo. Y para conseguir este efecto su deformación interpretativa en un sentido puramente negativo, aun más, demonizador, es muy útil. En cuanto a la derecha conservadora española le ocurrió algo semejante a la del resto de Europa. Admiró a Mussolini durante mucho tiempo, porque “los trenes llegaban a su hora”, se había solucionado el problema del Vaticano, etc., etc. Pero jamás asimiló por completo a un Hitler racista y paganizante. Si en conjunto la derecha española no estaba dispuesta a asumir enteramente el fascismo —salvo en sectores marginales— si que estaba dispuesta a adoptar una “apariencia fascista”, a “fascistizarse”. Esto, además de limitar el crecimiento de un fascismo real, auténtico, provocó el recrudescimiento del antifascismo de izquierdas. Dentro de este conjunto la interpretación de Ledesma va a destacar por lo exacta —mucho más que la de la izquierda— y por lo crítica —mucho más que la de la extrema derecha “fascistizada”—.

Hay que añadir que el grueso de lo escrito por Ledesma al respecto está en ¿Fascismo en España? y Discurso a las Juventudes de España, pero que el estudio de los artículos publicados en “La Conquista del Estado”, “JONS”, etc., a la vez que muestran su evolución, matizan y completan. Porque la interpretación del fascismo en Ledesma, con no sufrir modificaciones fundamentales, si sufre una evolución interesante. Deslumbrado inicialmente por el fascismo italiano va, poco a poco, descubriendo sus limitaciones, a la vez que descubre las peculiaridades del nacional-socialismo. Por eso se va inclinando a negar al fascismo italiano un carácter universalista, viéndolo como un fenómeno limitado al caso concreto de la península italiana, reflejándose a la par una postura crítica ante la lentitud con que el fascismo lleva adelante su programa revolucionario. Todo esto se va reflejando en su obra, en la que el vocablo fascismo no esta dotada siempre —por tanto— del mismo significado.

Se analizarán sucesivamente los siguientes temas: los rasgos generales de la “época fascista” los componentes básicos del fascismo, los casos italiano y alemán, y finalmente el caso español, siempre —obviamente— desde la perspectiva de Ledesma.

LA INTERPRETACIÓN DE UNA ÉPOCA

“¿Qué significa (...) ser fascista? ¿Qué características ofrece (...) la actitud fascista? (...) Parece que esas preguntas pueden ser hoy contestadas (...) sin necesidad de dirigir exclusivamente el catalejo hacia Italia y hacia Mussolini, sino captando una dimensión esencial de nuestra época, de la que en realidad es ya consecuencia y producto el fenómeno italiano mismo” escribía Ledesma. No es el fascismo, pues, un fenómeno ocasional, ni aun específicamente italiano, sino la manifestación de la esencia de una época que, por circunstancias, en cierto modo secundarias, ha eclosionado en Italia. Esta es una afirmación de notable importancia, porque supone afirmar que aquella era “la época del

fascismo”, adelantándose muchos años a Nolte, quien llega a una conclusión análoga en su libro El fascismo en su época.

Detecta con nitidez Ledesma en esta época unos fenómenos de crisis y otros de afirmación, un mundo que se acaba y otro que nace. Acaba, por supuesto, el mundo liberal “...el fracaso del sistema demoburgués ofrece hoy efectivamente características universales. Asistimos al hundimiento de las justificaciones morales, políticas y económicas que han sido soporte del Estado liberal parlamentario, de las democracias (...) En un trance histórico así (...) júzguese la capacidad expansiva de un régimen como el fascista de Italia, que se presenta desde el primer día con inteligente petulancia como el régimen superador y por ende el continuador de la democracia liberal y parlamentaria (...) No puede extrañar que en tal coyuntura histórica, la victoria fascista italiana (...) polarizase la atención mundial”. Ledesma contempla, pues, el hundimiento de un mundo y señala donde se ha producido el primer brote de un Nuevo Orden. Es consciente de que el fascismo es un fenómeno propio de una crisis, solo explicable en función de ella, pues de lo contrario no hubiera podido nacer.

La idea de que la civilización liberal burguesa, democrática y capitalista había entrado en su época final se repite con machacona insistencia en toda la obra de Ledesma. Diferencia éste entre una crisis de la ideología liberal y una crisis económica, capitalista, que desembocan en una crisis de la burguesía. “Nada hay más opuesto a la mentalidad y el sentido de nuestra época que las formas políticas y económicas elaboradas por el espíritu liberal burgués”. Todo en el mundo burgués ha sido, superado, está desfasado, debe morir: “El resultado de la transmutación contemporánea será fatalmente el vencimiento de todas las formas políticas, económicas y culturales propias de la mentalidad y del espíritu de la burguesía capitalista”. El liberalismo está en crisis, pero ¿por qué? Ledesma diagnostica sobre las razones: “...en medio de las instituciones y de la civilización liberal burguesa el hombre resultó maltratado, explotado, empequeñecido. La libertad política cristalizó necesariamente en las democracias parlamentarias y tal sistema trasladó el Poder con rapidez suma a las oligarquías partidistas (...). La libertad económica lo dejó reducido en la mayoría de los casos a un objeto de comercio, cuando no a la atroz condición de parado (...) Por último el hombre se vio privado de valores permanentes y firmes (...) aquellos que tienen su origen en esferas humanas extraindividuales. Los valores de comunidad, de milicia, de disciplina justa. Y el valor de la Patria, de la dimensión nacional del hombre”. Un conjunto, pues, de razones de diverso tipo han hecho que este liberalismo ya no encuentre eco en las masas, que no se sienten vinculadas a él y que lo ven, además, como la ideología de los explotadores. En última instancia la esencia misma del liberalismo, el individualismo, está en crisis: “Los liberales (...) creen que lo primero es la satisfacción egoísta de los afanes de cada uno y lo segundo cualquier cosa. Pero acontece (y esta es la gran verdad de la época) que los individuos hoy no se satisfacen sino sabiéndose colaboradores con los demás en alguna empresa de algún fuste. No hay alegría que supere a la del trabajador ruso al aportar su esfuerzo a la realización del plan staliniano. En Italia aparece el mismo fenómeno de modernidad pues todo fascista se sabe engranado en la disciplina que el fascismo impone”. Parece que el liberalismo, por su incapacidad para llamar a empresas sugestivas, heroicas, grandes, está condenado a morir. Por esto los movimientos y corrientes que se afirman en su contra presentan una escala de valores contraria: “Teóricamente no ha sido superada aún la civilización burguesa. Pero, de hecho, sí. Lenin, contra la opinión socializante del mundo entero, imprimió al mundo bolchevique un magnífico sentido antiburgués y antiliberal. Disciplinado y heroico, de lucha y de guerra. Mussolini en Italia hizo algo análogo, logrando que un pueblo que en la Gran Guerra dio muestras de cobardía y de vileza adora hoy las bayonetas y los ‘fines de imperio’. Hay que decir con alegría y esperanza, como paso a las victorias que se avecinan: el individuo ha muerto”. Más claro imposible.

Paralelamente a esta crisis de valores, ideológica, está la crisis del capitalismo, económica. “Un régimen económico así, de producción indefinida y a base de ir aprisionando con el grillete maquinístico cada día más las condiciones financieras y humanas en que la producción se efectúa, encierra contradicciones tremendas”. Ledesma, que no es economista, diagnostica que la crisis es estructural, inherente a la naturaleza del

capitalismo contemporáneo. Si bien no se extiende ampliamente en este tema —quizá por su pequeño bagaje intelectual en esta área— llega a conclusiones que no son nada descabelladas: "...la supermecanización industrial y el soporte financiero de las grandes empresas, obligan, ante un amago de crisis, a sacrificar el hombre a las maquinas". Alude, claro está, a un problema agudísimo de la Europa de su tiempo: "Que al final de todo el sistema conduce a situaciones insostenibles, procedentes de las contradicciones fundamentales que vienen operando en él desde su nacimiento. Parece una evidencia que muy difícilmente puede hoy ser negada. Esa evidencia es el paro forzoso". Por todo esto Ledesma saluda y se siente solidario con los movimientos antiliberales que triunfan: "...una de las realizaciones políticas que vienen persiguiéndose hoy en Europa, consiste en desalojar el espíritu burgués de las zonas gobernantes (...) Ha entrado hace ya tiempo la civilización demoburguesa en una etapa final". La conclusión, escueta, es esta: "El liberalismo se basaba, como vemos, en el craso error de reconocer derechos políticos a lo que en el hombre hay de antipolítico. Los nuevos Estados que hoy nacen y triunfan —Rusia, Italia, el Estado germano que propugna Hitler— son antiliberales".

Pero no es sólo el mundo burgués el que está en crisis. Su teórico oponente está también en crisis. El marxismo no es capaz de afirmarse como alternativa. Esta doble crisis es lo que permite que un movimiento como el fascismo, tan complejo en sus orígenes y en sus componentes, y por tanto de tan débil equilibrio interno, tenga el tiempo y el espacio suficiente para afirmarse.

También en lo referente al marxismo acierta Ledesma. Por supuesto, pese a todo su cientifismo, los marxistas no lo reconocerán así. Ya se ha podido observar como Ledesma valoraba positivamente a Lenin y a Stalin. Veremos como se porta igualmente respecto a la revolución bolchevique. Y como admite únicamente la rivalidad con el marxismo en el plano revolucionario. Pese a todo esto es fanática y profundamente antimarxista. Pienso que debido a que ha sido capaz de analizar críticamente el marxismo y ha llegado a la conclusión de su no validez: "La impotencia o incapacidad revolucionaria del marxismo (...) no se acepta con facilidad y menos que nadie, claro es, lo aceptan los marxistas". Para Ledesma se trata de una impotencia práctica que deriva de unos análisis erróneos en el nivel teórico, lo que desemboca en unas consignas falsas y en fracasos prácticos. Denuncia en primer lugar el dogmatismo, sobre todo en la cerrada concepción de la lucha de clases: "...el marxismo desorbitó con rigidez (...) con la conocida consigna de la dictadura del proletariado, decretando así la no colaboración y la desaparición misma de todos los valores revolucionarios extraños a un signo de clase". Los proletarios, aislados de otras capas populares, víctimas en otra forma de las injusticias del gran capitalismo, han fracasado y todas esas capas sociales, no estrictamente proletarias, han buscado su propia vía revolucionaria: "El marxismo ha impedido que identifiquen su lucha con la de los proletarios y de ahí que, unidos a los intelectuales nacionalistas, y con un estilo subversivo, de batalla, hayan abierto su camino, otro camino, dando vida en Italia al fascismo, en Alemania al racismo socialista (se refiere al nacional-socialismo, N.d.A.)". A esta incapacidad para superar una estrecha óptica clasista une el marxismo su postura contra "lo nacional" que, como veremos, es para Ledesma uno de los motores de la época: "El internacionalismo marxista declaró 'lo nacional' fuera de toda emoción revolucionaria, quedando así privado de una de las más grandes palancas subversivas". En pocas cosas es el análisis de Ledesma tan exacto como aquí. El "Manifiesto Comunista" había hablado del "fantasma del comunismo" recorriendo el mundo, pero desde entonces acá todas las grandes guerras, todas las revoluciones, todas las grandes transformaciones, han tenido mas componentes nacionalistas que nunca.

Pasando de la teoría a los hechos, Ledesma contempla como en estos se han producido los fracasos lógicos que corresponden a estos errores teórico-tácticos. Para empezar no cree que la revolución rusa sea una revolución explicable en términos marxistas, pues ésta, en buena lógica, debía darse en un país ya industrializado y desarrollado, por esto dice: "La revolución bolchevique triunfó en Rusia no tanto como revolución propiamente marxista, que como revolución nacional". Por esto se explica perfectamente el fracaso del sueño de la revolución mundial: "La derrota de los ejércitos rojos de Trotsky ante Varsovia señala el

minuto mismo en que la realidad europea decretó la ilegitimidad de la revolución bolchevique como revolución mundial. La posterior eliminación de Trotsky en el seno mismo de Rusia y la dictadura sucedánea de Stalin corroboran también esa ilegitimidad". Triunfó, sí, la revolución en Rusia, pero a partir de allí, la izquierda revolucionaria no cosechó más que fracasos: "...en los umbrales mismos de esta era, cuando se iniciaron con el bolchevismo ruso los acontecimientos subversivos, el marxismo parecía recoger todas las energías revolucionarias (...) parecía también ser el llamado a efectuar con éxito las transformaciones económicas y sociales que se presentían (...) que no ha sido así no nos parece a estas alturas de mayo de 1935 una afirmación teórica". Ha sido el carácter de la revolución rusa, nacional y no marxista, el que ha ayudado a frustrar la tentativa revolucionaria de la izquierda: "el frente marxista mundial ha quedado, en efecto, quebrantado, de un modo paradójico, por la victoria soviética. Y ello no solo por la consecuencia inmediata de dividirlo en dos facciones". En efecto, no sólo el movimiento obrero internacional se escisionó en dos grandes corrientes, la socialista y la comunista. Además todas las intentonas revolucionarias marxistas fueron aplastadas. Aun más, para la fecha en que escribe este párrafo Ledesma, dos potentes movimientos de izquierda, el de Italia y el de Alemania, han sido derrotados; la IIIª Internacional actuaba como quinta columna del imperialismo soviético y más parecía una organización de espionaje y sabotaje que una federación revolucionaria. Por último, el triunfo en Rusia aportó muchas frustraciones: el paraíso socialista dejó de ser un mito y entró en el duro terreno de las realidades, aún peor, de las tristes realidades, pues bien pronto todos, salvo los muy fanáticos pudieron comprobar que era aquel "paraíso" dirigido por Stalin. El veredicto de Ledesma es contundente: el marxismo ha fracasado. Hay que rescatar a las masas que le siguen aún, piensa Ledesma. El párrafo que sigue, si bien contiene referencias explícitas a España, no deja de tener una validez general: "El marxismo queda aniquilado, desvinculado en sus organizaciones de esas masas insatisfechas a las que nos referimos. Para ello se requiere ganarlas para la emoción nacional de España, demostrándoles, violentamente si es preciso, que su insatisfacción, su infelicidad y su peligro, desaparecerán cuando desaparezca la insatisfacción, la infelicidad y el peligro de España. Esto que decimos lo entienden por ejemplo bien en Italia y en Alemania, donde el fascismo y el nacional-socialismo lograron ese tipo de victoria social".

He aquí, bosquejados, dos de los rasgos distintivos de la época, en el análisis ramiriano: la crisis del liberalismo y del capitalismo, y la crisis del socialismo marxista y su proyecto revolucionario. De aquí deduce Ledesma que ese es el momento del antiliberalismo y el antimarxismo, del anticapitalismo y el anticomunismo si se prefiere. Pero además de estos "antis" hay otros elementos determinantes de la época.

A los nuevos tiempos corresponden nuevas manifestaciones sociológicas. El siglo XX está llamado a ser el siglo de las masas. Ledesma, a diferencia de su maestro en filosofía, Ortega, no encuentra que esto sea negativo. "Durante el siglo XIX, época típicamente individualista, no había masas, ni existían masas; la aparición de estas como tales es fenómeno reciente, surgido de esta época en que ahora vivimos". Masa significa para Ledesma algo distinto a pura y simple aglomeración, estando dotada esta idea de unas características propias: "Para que las multitudes, aglomeraciones y grandes núcleos de gentes entren en el concepto de masas (...) se requiere que estén revestidas de ciertos signos: (...) tiene que haber operado en su formación una conciencia colectiva, de expresión más fuerte que la conciencia individual (...) Las masas son homogéneas y se es elemento de ellas (si) (...) se subordina su propio ser al colectivo que las informa (...) son totalitarias, exclusivistas, es decir, poseen conciencia de una unidad cabal, completa y cerrada (...) tienen un rasgo absolutamente ajeno en el fondo (...) a los pocos o muchos que la conforman". Han sido esas masas las que han venido a acabar con el despreciado mundo burgués, y Ledesma constata como: "...el bolchevismo, el fascismo, el racismo socialista alemán, son claros y formidables ejemplos de la intervención y presencia de las masas".

Esta irrupción política de las masas (que no son sinónimo de grupos numerosos, pues Ledesma admite explícitamente que puede haber masas muy reducidas, identificándolas, pues, más que por los números, por pautas típicas de conducta) comporta novedades en las modalidades de lucha política. Una de las más notables, por lo evidente quizás, es el uso del

uniforme político: “Sólo la actuación política de las masas conduce a una acción política de ‘uniforme’ como hoy la percibimos en casi toda Europa (...) Es evidente que los fascistas italianos interpretaron una de las primeras manifestaciones de este fenómeno luego generalizado y extendido” La irrupción de las masas es, asimismo, la responsable de otra faceta no menos significativa de este periodo de la historia europea que delimitan las dos guerras mundiales: la violencia, para ser mas exactos, un nuevo tipo de violencia: “La pugna fascismo-comunismo, que hoy es la única realidad mundial, ha desplazado este tipo de violencia terrorista, de caza callejera, a cargo de grupos reducidos, heroicos, para presentar ese otro estilo que hoy predomina: el choque de masas, por lo menos de grupos numerosos, que interpretan y consiguen la intervención militante y pública de las gentes, extrayéndolas de su vivir pacífico y lanzándolas a una vida pública de riesgo, de sacrificio y de violencia”.

A la acción política de las masas acompañan dos elementos quizás menos llamativos, pero no menos importantes. Por un lado está una nueva valoración de “lo social”: “Este fenómeno de valoración cada día más intensa de lo social aparece hoy en todas las manifestaciones que poseen el cuño típico de la época (...) explica, por ejemplo, el reencuentro de las masas populares con la idea de Patria (...) la uniformación de las masas (...) el redescubrimiento de la moral de milicia y el sentido mismo de la subversión juvenil que viene operándose”. Esta nueva valoración de “lo social” no ha supuesto el fin de “lo nacional”. Todo lo contrario, la dimensión nacional es un constitutivo fundamental de la época. Contrariamente a lo que muchos afirmaban el siglo XX no esta dominado por los conflictos de clase, sino impregnado de una general vuelta a lo nacional: “Ejemplos mundiales de esta ruta son hoy el partido fascista italiano y el nacional-socialismo alemán, entre los resucitadores y alentadores de la idea de ‘lo nacional’ contra la negación marxista y el partido bolchevique ruso, como embestida ciega y catastrófica, pero con línea y espíritu peculiares de este siglo”.

Pero de todos los hechos que llaman la atención de Ledesma hay uno con el que se siente especialmente vinculado, en el que concentra su atención, en el que sitúa sus esperanzas: es la incorporación de la juventud, de forma masiva y agresiva a la política. Esto tiene una lógica consecuencia: “Al convertirse las juventudes en sujeto primordial de la historia la época adopta necesariamente perfiles revolucionarios”. Un mundo nuevo va a ser construido por la juventud. Una juventud heroica, disciplinada, vinculada a su pueblo y a su Patria. Ledesma repite hasta la sociedad que la juventud tiene una “misión mesiánica”. Este mundo estaba ya empezando a construirse y por eso escribe: “Hoy, en efecto, están agudizados los perfiles que denuncian en todo el área mundial la presencia juvenil operante (...) La presencia de las juventudes llena, en efecto, la actualidad mundial”.

Ni que decir tiene que esta irrupción de la juventud tiene mucho que ver con la aparición del fascismo, que desde el primer momento ha exaltado los valores juveniles y ha reclutado sus seguidores mayoritariamente en sectores juveniles, siendo la primera ideología que incorporó efectivamente a la juventud a la política, haciendo además de ello su estandarte. Ledesma describe como las juventudes “...están siendo (...) en todas partes el sujeto histórico de las subversiones victoriosas. Gracias a ellas y a su intervención Europa ha desalojado al marxismo y descubierto un nuevo signo revolucionario, a base de la fortaleza nacional, de la dignidad de las grandes masas y la construcción de un nuevo orden”.

Antes de entrar en la militancia política, realizando una entrevista al filósofo Keyserling, a la pregunta que Ledesma lanzó sobre el fascismo, este respondió con una lapidaria frase que, sin duda, el mismo Ledesma habría suscrito: “La forma política y social que requiere la época que nace es el fascismo”.

LOS RASGOS BÁSICOS DEL FASCISMO

El fascismo es, pues, el determinante de su época. Pero hay que matizar más. Ledesma es plenamente consciente de los problemas de definición. No se trata sólo de analizar cuales son los componentes básicos de la actitud fascista, que ya hemos podido ver en las citas anteriores, y tema en que voy a profundizar ahora. Se trata también, y en primer lugar, de precisar si el mismo termino de “fascismo” revela adecuadamente lo que Ledesma quiere

expresar. Ledesma se da cuenta, cada vez más, de lo problemático del término. En *¿Fascismo en España?* escribe por esta causa que “cuantas veces utilicemos aquí la palabra fascismo lo hacemos como concesión al vocabulario polémico mundial, pero sin gran fe en su exactitud expresiva”. Es relativamente fácil el hacerse con un concepto de qué es el fascismo italiano. Se puede tener mejor o peor impresión de él, pero de todas formas, si entendemos por fascismo sólo el caso italiano, sin duda el término está dotado de bastante exactitud y concreción. El problema es utilizar tal término fuera del caso italiano. Ledesma escribe: “...nos inclinamos a negar al fascismo propiamente dicho características universales”. Esta frase chocará evidentemente, sobre todo tras conocer las alabanzas que Ledesma le ha dedicado al fascismo italiano en muchas otras ocasiones. Hay, pues, que matizarla, extendiéndose sobre este punto. Ledesma descubre que este “fascismo propiamente dicho”, es decir, el italiano, tiene una serie de características que podrían concederle universalidad, es decir, hacer de él algo más que un fenómeno sólo vinculado a Italia: “Su tendencia al descubrimiento jurídico político de un Estado Nuevo, con la pretensión histórica de que este Estado signifique para el espíritu y las necesidades de la época lo que el Estado liberal parlamentario significó en todo el siglo XIX y hasta la Gran Guerra. Su estrategia de lucha contra una fuerza social, el marxismo, el partido clasista de los proletarios, vencióle revolucionariamente y sustituyéndolo en la ilusión y el entusiasmo de las masas”. No es poco, como vemos. Y es que cuando Ledesma da “universalidad” al fascismo piensa en gran medida refiriéndose a la imposibilidad de constituir una “Internacional Fascista”: “No hay ni puede haber una Internacional Fascista. El fascismo como fenómeno mundial no es hijo de una fe ecuménica”. Esto lo diferencia netamente del marxismo, sin embargo esto no supone negar al fascismo una dimensión “internacional”. Por eso añade que el fascismo es “más bien un concepto que recoge una actitud mundial (...) Pero hay en esa actitud mundial zonas irreductibles que son las primeras en denunciar la no universalidad originaria del fascismo. Pues su dimensión más profunda es ‘lo nacional’. De ahí que el fascismo no tenga otra universalidad que la que le preste el soporte ‘nacional’ en que nace”. El problema queda así centrado. Si el fascismo es una “vuelta a lo nacional” no puede estar sometido a ninguna disciplina internacional y lo demuestra el que la famosa Internacional Fascista de Montreux fuera un fracaso absoluto. No debe aspirar a una extensión ecuménica, aunque en la práctica en cada país esté surgiendo un fascismo propio. Por eso “... esa actitud que denominamos fascista tiene una realidad innegable en el mundo entero (...) Poco importa insistir en el modo como esa actitud ha llegado a adquirir vigencia”. En todo caso existe esta “actitud fascista” ya a nivel internacional. Y es más “El fascismo como actitud mundial no depende de un modo directo del fascismo italiano, sino que es un fenómeno de la época, típico de ella...”.

Es más cómodo empezar por decir que era lo que combatía el fascismo, y eso es lo que vamos a hacer aquí. Y es ya un tópico el afirmar que el fascismo no era, en la opinión de sus defensores, ni de izquierdas ni de derechas: “Las tendencias fascistas excluyen esas denominaciones que residen y radican en los hemiciclos parlamentarios, precisamente la institución contra cuya infecundidad y degeneración disparan con más eficacia las baterías fascistas”.

Muchas veces se ha querido identificar el fascismo con el puro y simple antimarxismo. Es falso. Pese a que la dimensión antimarxista del fascismo sea inescusable, fundamental: “La primera incompatibilidad de tipo irresoluble se manifiesta frente a los marxistas. Tan irresoluble, que sólo la violencia más implacable es una solución. El perfil antimarxista del fascismo es inescusable, pues el triunfo marxista equivale a la derrota absoluta de todo cuanto la actitud y el espíritu fascista representa”. Por otra parte, no resulta menor el antifascismo de las izquierdas. Ledesma ha descrito cómo surge y se propaga el antifascismo “...no tardó en percibir la Internacional de Moscú que esa victoria (la de Mussolini, N.d.A) era más grave de lo que podía creerse, que no se debía, ni mucho menos, a la sola acción defensiva de la vieja sociedad, sino que había en ella y sus ideales síntomas de los más robustos trazos (...) Lo que la internacional marxista empezó a percibir fue nada menos que esto: El fascismo parece no sólo un episodio nacional de Italia (...) Parece más bien un signo de otro orden, una estrategia nueva contra nosotros, provista y alimentada por

valores de calidad superior a la de los hasta ahora conocidos. Parece que esta estrategia puede muy bien adquirir rasgo mundial (...) La conclusión marxista a estas consideraciones fue naturalmente: ¡Lucha mundial contra el fascismo! (...) En casi todas partes se organizó y propugnó el antifascismo antes de que el fascismo apareciese. Y obsérvese que la consigna antifascista no era exclusivamente protesta internacional revolucionaria contra el régimen de Italia, sino que hacia de ella consigna nacional contra las supuestas fuerzas fascistas del propio país”.

Ya hemos visto a Ledesma diagnosticar que el enfrentamiento entre fascismo y comunismo era lo esencial de la época. También conocemos su opinión sobre la incapacidad revolucionaria del marxismo. Ledesma constata que no está equivocado en un análisis de la realidad: “Es bien conocido el hecho. Tanto en Italia como en Alemania la expansión fascista arrebató con frecuencia al marxismo buen número de combatientes revolucionarios. Estos descubrían el sentido social verdadero y la emoción nacionalista, profundamente popular, del fascismo”.

Si el antimarxismo del fascismo es aceptado por todos como característica definitoria no ocurre lo mismo con el anticapitalismo. Sin embargo para Ledesma resulta evidente: “Al constituir el fascismo un poder político de enorme autoridad y depositarla sobre de quienes de modo más directo interpretan los intereses de ‘todo el pueblo’, su primera consecuencia es sustraerlo a las potencias feudalistas demoburguesas, liberando de su yugo al Estado y al pueblo. El fascismo es la forma política y social mediante la que la pequeña propiedad, las clases medias y los proletarios más generosos luchan contra el gran capitalismo en su último grado de evolución: el capitalismo financiero y cosmopolita”. Y si puede parecer que el grueso del combate político del fascismo se dirige contra la izquierda, Ledesma no deja de señalar que el choque directo con los partidos liberal-democráticos no puede dejar de producirse: “Una vez vencido el marxismo las mayores dificultades se le presentan al fascismo por el lado liberal, demoburgués, donde se apiñan no esas pobres añoranzas de la libertad perdida, como pretenden los plumíferos llorones de la democracia, sino el frente oligárquico, capitalista (...) El fascismo sabe que la democracia parlamentaria es el régimen ideal para que predominen del modo más descarado las peores formas del feudalismo moderno”.

Tras ver que es contra lo que el fascismo combate hay que ver ahora que es lo que el fascismo afirma, y los demás rasgos definitorios. Sociológicamente el análisis de Ledesma sobre el fascismo coincide con el generalmente aceptado: “El fascismo nace y se desarrolla en capas sociales desasistidas y en peligro. Su representación más típica la constituyen las clases medias, que después de experimentar la inanidad de la democracia liberal, no se entregan, sin embargo, a la posición clasista de los proletarios”. Pero no se trata sólo de las clases medias, aparte de que estas no son uniformes. Por esto Ledesma anota la complejidad de su composición social, complejidad que lo resta —según el— cohesión y capacidad: “La mecánica actual de las luchas político-sociales hace que el fascismo sea la bandera de una red complejísima de gentes insatisfechas, postergadas, descontentas. De ahí el origen multiforme de sus capas, unánimes sin embargo en la manifestación de un espíritu combativo, de milicia, que revela como no son residuos de la vida, sino grupos valiosísimos y fértiles”.

Estos grupos sociales van a pretender lograr una síntesis hasta entonces no intentada de “lo nacional” y “lo social”, lo que de positivo podía haber en derecha e izquierda. Por esto Ledesma anota que “lo que las gentes llaman por ahí fascismo” es en resumen “un movimiento de entraña nacional profunda y grandes perspectivas sociales, mejor dicho, socialistas”. Todo parece indicar, sin embargo, que los fascismos tienen una vinculación fundamental, que es con “lo nacional”. Ledesma lo anota: “El triunfo y la creación del Estado fascista equivale a utilizar de modo permanente la dimensión nacional que antes sólo se invocaba en las calamidades o las guerras”. Pero el fascismo no es un simple nacionalismo. Incorpora al nacionalismo nuevos elementos, nuevos valores, haciendo aparecer, de hecho, un nacionalismo de nuevo cuño: “El fascismo requiere como clima ineludible para subsistir la vigencia de unos valores nacionales, la existencia de una Patria con suficiente vigor y suficiente capacidad de futuro (...) La Patria en manos de la vieja sociedad conservadora era

ya apenas un vocablo, muchas veces incluso fachada impresionante que escondía una red de intereses (...) Era además una fortaleza a la intemperie, expugnable con facilidad por todas las tendencias internacionalistas". Una de las características nuevas de este nacionalismo es la de abandonar el componente reaccionario, porque el fascismo es un movimiento netamente revolucionario según lo ve Ledesma: "Desde el momento en que el nacionalismo no es un producto de los sectores más conformistas de la sociedad, es decir, de los grupos más satisfechos y partidarios de la actual ordenación económica y política, su régimen y su victoria implican necesariamente grandes transformaciones revolucionarias".

Una acusación típica al fascismo es la de su uso de la violencia. Ramiro Ledesma encontraba esta acusación pueril. Por el contrario, no se recataba en reivindicar el uso de la violencia, siempre, claro, de acuerdo con una serie de principios. Anota, por tanto, que "en Italia el movimiento fascista (fue la) primera aparición magna y formidable de la violencia con un sentido moral, nacional y creador". Pretender realizar una revolución es un absurdo. El pacifismo político del que hacen gala ciertas izquierdas es hipócrita, o demostrativo de su incapacidad revolucionaria, porque "la violencia política nutre la atmósfera de las revoluciones, y desde luego es la garantía del cumplimiento cabal de estas. Así el fascismo, en su entraña más profunda y verdadera se forjó a base de arrebatarse a las fuerzas revolucionarias típicas, el coraje y la bandera de la revolución. Las escuadras fascistas desarrollaron más violencia y más ímpetu revolucionario en su actividad que las formaciones marxistas de combate. Esa fue su victoria, el dominio moral sobre las masas enemigas, que después de un choque se pasaban con frecuencia, en grupo numeroso, a los camisas negras, como gentes de más densidad, más razón y más valentía que ellos". El fascismo es, pues, violento y no lo oculta; al contrario, lo afirma sin falsos pudores. Pero no es una violencia gratuita, sino una violencia justificada por estar al servicio de un proyecto revolucionario: "La razón nacional, el derecho al triunfo de los movimientos 'nacionales' no puede en modo alguno estar vinculado a la movilización de las mayorías. Es aquí donde aparece el uso y la táctica de la violencia que siguen y tenemos que seguir los jonsistas, los fascismos". Pero Ledesma justifica no sólo la violencia "insurreccional" sino también la destinada a defender las conquistas revolucionarias: "La violencia política tiene dos formas o etapas bien definidas. Una la violencia que requiere toda toma del poder por vía insurreccional, (...) es típica de todos los sectores y grupos revolucionarios (...) La segunda forma de violencia, la que desarrolla un Estado Totalitario contra los núcleos disidentes si es propia de una situación fascista. Está sistematizada y justificada solo en el Estado fascista". No hay, pues, ningún tipo de disimulo. Ledesma acepta como inevitable y necesaria la violencia fascista, la asume en todas sus facetas. No se trata de un caso enfermizo de apología del matonismo. Esta reivindicación de la violencia viene justificada tanto por la sinceridad más pura como por una concepción de la violencia distinta de la normalmente aceptada. El fascismo comporta una nueva escala de valores, profundamente ajena a la del universo liberal-marxista y en la que la violencia tiene una nueva dimensión: "El fascismo busca un nuevo sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia. Respeto a la autoridad, vinculándola a jefes verdaderos. Respecto a la disciplina, convirtiéndola en liberación, en eficacia y en grandeza del hombre. En cuanto a la violencia, su actitud es la de quien se sabe ligado profundamente al destino histórico de un pueblo (...) de quien acepta el espíritu de sacrificio y las ideas del deber (...) de quien sabe que la vida es lucha".

Perfectamente compenetrado con todas estos valores, con estas actitudes y alternativas fascistas, Ledesma describe cual es el ambiente de la época con gran exactitud y también con gran esperanza. Señala así la importancia de un fenómeno que analizará extensamente en el caso de España, el de la fascistización, es decir, la adopción de posturas, soluciones y apariencias fascistas por quienes no lo son en un sentido estricto: "...no hay sólo individuos, grupos y organizaciones fascistas, sino también y quizás en mayor relieve, individuos, grupos y organizaciones fascistizados". Esto es toda una demostración de que el fascismo es el movimiento que mejor representa el signo de los tiempos, de que el fascismo es la alternativa del siglo XX. Por eso Ledesma describe, con más alegría y esperanza aún que este proceso de fascistización, la acción de las juventudes. En 1935, quince años después de las primeras acciones fascistas, de la irrupción de las "camisas negras" en la política

italiana y por ende en el panorama mundial, Ledesma escribe con ilusión y fe: “Europa es ya hoy, en su casi totalidad, el campo de operaciones de ese espíritu juvenil y revolucionario (...) Desde hace quince años Europa vive, de un modo u otro, entregada a esa experiencia transmutadora (...) y los episodios con apariencia de ser ya un producto son más bien floraciones y conatos representativos del Nuevo Orden”.

EL MODELO ITALIANO

Tras entrar en conocimiento de como interpretaba Ledesma su época, situando al fascismo en ese contexto. Y tras conocer las características generales del fascismo, antes de pasar a analizar como traslada todos esos esquemas al caso español, vamos a darle una ojeada a cual es la valoración y el análisis de los dos regímenes fascistas que Ledesma tuvo ocasión de conocer y analizar, los de Italia y Alemania.

“El triunfo del fascismo en 1922 y, sobre todo, su victoria definitiva contra las oposiciones en 1925, que es realmente el hecho que lo aposenta y consolida equivale a la primera réplica que dice NO a la revolución bolchevique mundial” señala Ledesma, quien encuentra en esto la muestra de la frustración revolucionaria del fascismo y la vuelta a los “valores nacionales”. Ahora bien, si Ledesma ha señalado como el triunfo del fascismo italiano supone una derrota del marxismo, esto no significa que lo asimile a un fenómeno reaccionario: “...a los trece años de régimen fascista en Italia es ingenuo y desde luego falso pensar que Mussolini congregó en torno a los haces litorios a las fuerzas pasadistas y regresivas de Italia para contrarrestar y detener la ofensiva bolchevique con la instauración de un poder reaccionaria. Esa interpretación del fascismo es absurdamente errónea”. Era y es, sin embargo, la más extendida. Ledesma nos ha explicado porque caracteriza al fascismo italiano como un fenómeno revolucionario, ha expuesto sus razones.

Para empezar, Ledesma ha analizado perfectamente la figura de Mussolini. Hoy, cuando esta figura es tan criticada, e incluso desde posiciones neo-fascistas se le acusa de ser poco más que un actor, la descripción de Ledesma es muy útil para que podamos comprender cual fue la verdadera aportación del Duce a la historia, su indudable carácter de individuo genial (sin que esto suponga realizar una valoración total sobre el Duce y su obra). Escribe Ledesma: “Mussolini organizó y dirigió el fascismo con arreglo a una mística revolucionaria. Y lo que de verdad hace de el un creador y un inventor, es decir, un caudillo moderno, es precisamente haber intuido o descubierto, antes que nadie, la presencia en esta época de una nueva fuerza motriz con posibilidades revolucionarias, o lo que es lo mismo, la presencia de una nueva palanca, de signo y estímulo diferentes a los tradicionalmente aceptados como tales, pero capaz también de conducir a la conquista revolucionaria del Estado”. Este descubrimiento de Mussolini —Ledesma se esta refiriendo, obviamente, a la capacidad revolucionaria de “lo nacional”— va a ser lo que permita al fascismo batir al marxismo. “El fascismo es de hecho la primera manifestación clara de que las consignas bolcheviques no sólo no agotaban ni polarizaban en su defensa a todas las energías transmutadoras de la época, sino que al contrario, dejaban fuera a una fuerza poderosísima, asimismo subversiva y revolucionaria, y tan extensa que sería llamada a usurpar al propio bolchevismo, en cruenta lucha de rivalidad, la misión de desarticular el sistema caducado de las formas demoliberales. Y crear un orden nuevo. Fue en Italia, pues, donde quedó patentizada esa realidad, donde se evidenció ese error en que se debatían los propósitos universales del bolchevismo”.

Ya hemos insistido varias veces en como Ledesma, pese al carácter netamente antimarxista del fascismo europeo, no lo interpretaba como un fenómeno reaccionario. En el caso del fascismo italiano esta afirmación es igualmente valida: “Que el fenómeno fascista pertenece al orden de los acontecimientos revolucionarios (...) es un hecho incontestable”. Cuatro rasgos definen, para Ledesma, a un fenómeno como revolucionario. Primero: pretender aniquilar la democracia liberal sin ponerse al servicio del capitalismo. Segundo desmontar el estado burgués para implantar el “Estado Nacional” al servicio de “todo el pueblo”. Tercero: que tienda a construir un nuevo orden social más justo. Y cuarto que su triunfo se deba a la juventud y que no tema usar la violencia para mantener el poder

revolucionario. “Es evidente —escribe Ledesma— que el fascismo italiano admite ese cuadrilátero y que los fascistas creen de veras en el sentido histórico de la marcha sobre Roma”. Es más, pese a una serie de características que podrían invalidar esta afirmación, Ledesma sigue defendiendo la tesis de que el fascismo es, en esencia, un fenómeno revolucionario: “...que la subversión haya sido quizás en exceso modesta (...), que el influjo de los viejos poderes (...) y del espíritu reaccionario sea aún excesivo, etc., todo esto, aún aceptado, no priva a la revolución fascista del carácter que le adscribimos y admite explicaciones muy variadas”. En efecto, el fascismo debía hacer su revolución, pero una revolución no es un instante, es un proceso. Este proceso puede ser más o menos rápido. En el caso italiano, una amplia gama de circunstancias, que van desde las contradicciones propias, internas, del fascismo italiano, a la situación política internacional, confluían para frenar el proceso revolucionario. Constituye sin embargo una flagrante injusticia atacar al fascismo italiano por no concluir su proceso revolucionario, cuando ideologías pretendidamente revolucionarias, que detentan el poder desde antes y hasta mucho después que el fascismo italiano conducen su proceso revolucionario con gran parsimonia. Hay quien acepta que en la Unión Soviética aún “se está construyendo la sociedad socialista” como excusa para sus defectos (por aplicarles un nombre suave), pero que es incapaz de entender que el fascismo italiano estuviese también en un proceso de construcción de su modelo de sociedad. Es éste un defecto típico de la óptica antifascista, que juzga a los fascistas por lo que hicieron (o más a menudo por la que se dice que hicieron...) y a los antifascistas por lo que dicen que van a hacer. En el caso del fascismo italiano, como decíamos, una amplia gama de dificultades frenaban la velocidad del proceso revolucionario; entre ellos el rechazo que aún encontraba en las clases obreras, bolchevizadas, que le obligaba a reclutar su base social —lo más amplia posible— en sectores sociales menos revolucionarios. Escribe Ledesma que “El fascismo estaba conforme, sin duda, en reconocer la razón histórica del proletariado, la justicia de su ascensión a ser de un modo directo una de las fuerzas sostenedoras del Estado Nuevo. No aceptaba su carácter único, su dictadura de clase contra la nación entera y, menos que eso, el carácter internacional, antiitaliano de la revolución bolchevique”. A todo esto Mussolini debía oponer una nueva fuerza, reclutada en sectores sociales estigmatizados como reaccionarios en nombre de una estrechísima concepción clasista, que demostró su vigor en las mismas luchas violentas que tuvo que sostener contra la potente y radicalizada izquierda italiana: “Su actuación, heroica en muchos casos, se impuso como más vigorosa, más profunda y popular que la actuación paralela desarrollada por el bolchevismo”.

Pero Ledesma admira en el fascismo italiano, sobre todo, un hecho: el de la aparición de la juventud en la política, vinculada a ideas “nacionales” que, tradicionalmente, habían estado vinculadas a sectores netamente reaccionarios. Señala también como las clases medias están especialmente capacitadas para encontrar las soluciones que exige el momento histórico: “El fascismo reveló la existencia de unas juventudes, de una masa activa, extraída en general de las clases medias, que se montaba sobre la pugna de clases, contra el egoísmo, el pasadismo de la burguesía y contra el relajamiento antinacional y exclusivista de los proletarios. E hizo de esas fuerzas una palanca subversiva”. Por todo esto el fascismo debía evitar el caer en las redes de los reaccionarios, afirmar su carácter revolucionario. Ledesma confiaba en que esto ocurriera: “...esa palanca no podía ser a la vez una revolución antiproletaria, antiobrera. Eso lo vio y tenía que verlo Mussolini, antiguo marxista, hombre absolutamente nada reaccionario, para quien la primera gran verdad social y política de la época, verdad de signo terrible para quien la ignore, consistía en la ascensión de los trabajadores, en su elevación a columna fundamental del Estado”.

Hasta aquí se ha operado a nivel de análisis teóricos y de hipótesis sobre posibilidades. Ledesma también va a descender a un nivel más práctico, en busca de la confirmación de sus análisis. A este nivel formulará una serie de interpretaciones sobre cuales son las causas que retrasan el cumplimiento de la revolución fascista “Júzguese lo difícil y delicado de una revolución como la fascista de Mussolini que habiendo sido hecha en gran medida contra la conciencia proletaria, mantenida fiel al marxismo, tenía sin embargo la misión histórica de elevar a la clase proletaria (...). Por su propio origen (...) el fascismo se resiente

y quizá —o sin quizá— se rezaga en el cumplimiento de aquella misión histórica (...) ¿va realmente haciendo posible la eliminación del sistema capitalista y basando cada día más el régimen en los intereses económicos de las grandes masas?”. Es una buena descripción de la que quizá sea la más peligrosa e importante de las contradicciones internas en que se debatieron los fascismos: la dificultad para llevar adelante su programa social. No olvidemos que incluso regímenes de izquierda han fracasado estrepitosamente en su afán de construir una sociedad socialista. Mayores deben ser los problemas con que se encuentren los fascistas, dados sus orígenes sociales y las fuerzas contra las que se han visto obligadas a combatir. Se conseguían, sin embargo, resultados. Así Ledesma escribe que pese a que “no parece suficiente que los obreros formen en la milicia fascista” también es verdad que “no puede negarse en duda que los obreros italianos están hoy más identificados con el Estado fascista que los obreros franceses con el Estado democrático-parlamentario de Francia, por ejemplo”. Ledesma desea que el fascismo siga ese camino “obrerista” y a este respecto confía especialmente en Mussolini: “...no escapa a la perspicacia y a la agudeza histórica y política de Mussolini que sólo en tanto consiga realizar con los trabajadores un fenómeno similar (se refiere aquí Ledesma a la superior fuerza que demostró la Francia revolucionaria sobre sus vecinos monárquicos, basada en que se apoyaba en una base social más amplia que la exigua aristocracia, la burguesía, (entonces clase revolucionaria, N.d.A.) logrará para el Estado fascista verdadera trascendencia y para Italia verdadero Imperio”. A Ledesma no se le olvida anotar, sin embargo, que “Las dificultades del fascismo italiano para la realización plena de semejante perspectiva histórica son enormes”.

Pero si Ledesma encuentra retrasos en el cumplimiento del programa social del fascismo, y aún le augura más dificultades, que van a hacer especialmente espinoso el camino, por el contrario señala la eficacia y rapidez con que ha demolido la democracia burguesa: “Efectivamente la revolución fascista tiene en su haber el desmoronamiento real y teórico de las formas políticas demoburguesas”. Para Ledesma, el acabar con las formas políticas de la burguesía supone el asestarle a esta un golpe durísimo “...desplazada la burguesía de las formas políticas y de las instituciones que le son propias, aquellas que son una creación suya y a cuya vigencia debe de hecho su desarrollo económico y su fuerza social, es notorio que resulta a la postre debilitada como poder histórico y político”. Ledesma, cuyo desprecio por lo burgués, y más especialmente por las formas políticas burguesas, nos es ya conocido, abunda en esta idea: “Arrebatarse en un país a la burguesía su democracia parlamentaria, su culto al libre juego económico y político de las energías individualistas, y ello de un modo definitivo (...) arrebatarse todo eso en la forma en que lo hace el fascismo, con cierto sabor catilinario y adoración pública de mitos de imperio, acción directa y coacción absoluta, es, no lo dude nadie, iniciar la descomposición radical de la burguesía como clase rectora y predominante. En resumen, que el espíritu burgués (...) no respira a sus anchas en la atmósfera del fascismo”.

A la hora de dar una conclusión (y no olvidemos que es la conclusión de alguien que lo está viviendo coetáneamente) sobre el fascismo italiano, Ledesma prefiere no hablar de lo positivo y ya realizado (el desmonte de las instituciones políticas burguesas) sino poner de manifiesto las dificultades ya apuntadas con las que se va a encontrar. Dificultades que, clarívidentemente, imputa al carácter aún inmaduro que presentaba el fascismo. No olvidemos la velocidad, la urgencia casi, con la que se forma este, sin tener una plena conciencia de sus fines, en medio de unos momentos especialmente convulsos de la historia italiana, lo que agudiza las ya de por sí importantes contradicciones internas que debe albergar un movimiento que pretende unir a derechas e izquierdas en una síntesis superior, y viéndose a la vez obligada a luchar contra ambas corrientes políticas. “Quizá ocurre con el fascismo —escribe Ledesma— lo que ya apuntamos con respecto al régimen soviético. Que son fenómenos típicos de la subversión que se empieza a desarrollar en nuestra época, y fenómenos con características de índole nada definitiva ni conclusa, sino más bien como las primeras erupciones. (...) Por eso abundan en ellas contradicciones”. Estas contradicciones dan lugar a hechos quizás sorprendentes: “Así resulta que el marxismo, doctrina internacional y extraña en absoluto a la idea de Patria, salva a Rusia ‘nacionalmente’ (Como ya hemos visto la revolución soviética no es para Ledesma una revolución marxista, sino la

revolución nacional rusa, N.d.A.)”. En cuanto al fascismo italiano, Ledesma espera que estas contradicciones se resuelvan en el sentido que él desea: “Y que el fascismo italiano, victorioso contra los ‘proletarios’ y en muchos aspectos —no el menor el de su financiación— aupado por la gran burguesía, tenga que ser quien busque el robustecimiento de su Estado en la adhesión y colaboración de los trabajadores”.

EL NACIONAL SOCIALISMO ¿PECULIAR O DISTINTO?

Con el nacional-socialismo alemán y su relación con el fascismo vuelve a aparecer toda la polémica en torno a la universalidad del fascismo. De acuerdo con lo que ya hemos establecido antes, para Ledesma no es fascista en cuanto que no es una “copia” del italiano, pero es “fascista” en la medida en que significa una “vuelta a lo nacional”. “El triunfo del nacional-socialismo hitlerista en Alemania entra de lleno en la fenomenología mundial del fascismo”, escribe en un lugar; pero matiza en otro: “lo primero que se requiere es despojarlo de las calificaciones ‘fascistas’. Pues ningún valor esencial, ninguno de los ingredientes sustantivos que caracterizan al movimiento nacional socialista y a los que quepa señalar coma determinantes de su victoria procede del fascismo italiano”. Además, Ledesma anota que “los nazis no hicieron la propaganda ni alcanzaron la victoria al grito de ‘Viva el fascio!’. Pero todos aquellos que obstaculizaron su propaganda y se opusieron a esa victoria lo hicieron al grito de ‘¡Abajo el fascismo!’” Por todo lo cual señala: “...el movimiento nacionalsocialista aclara considerablemente nuestro juicio acerca de cual es en realidad el carácter universalista del fascismo”, En esta frase, quizás algo velada, Ledesma vuelve a expresar su pensamiento al respecto de la universalidad del fascismo: un fascismo ha de ser por esencia nacional, luego no puede presentarse como copia de un modelo extranjero; los fascismos son nacionales, y no pueden estar sometidos a una disciplina internacional, ni tampoco son fruto de la expansión ecuménica de su ideología, sino que todos son manifestaciones de esa “vuelta a lo nacional” que ya vimos que era para Ledesma uno de los determinantes de la época. El estado actual de la investigación histórica valida totalmente esta tesis de Ledesma, ya que sabemos no sólo que las ideas y corrientes prefascistas estaban presentes casi más en el resto de Europa que en la misma Italia, sino también porque a la vez que el fascismo italiano surge, están surgiendo en otros puntos de Europa movimientos hoy catalogables de “fascistas” que no son, pues, resultado de imitación. El caso de Hitler y su partido es el más evidente, pero no el único, a este respecto.

El nacional-socialismo es, pues, una “vuelta a lo nacional”: “Una vez más, como en las consecuencias últimas del bolchevismo, como en una de las categorías fundamentales del fascismo, nos encontramos aquí con un fenómeno ‘nacional’, con algo más que ocurre y sucede en la órbita de lo nacional”. Claro que hay diferencias entre estos dos distintos fenómenos. Así, según Ledesma, para el bolchevismo, “lo nacional” fue “un valor que aparece de pronto en el camino histórico de la revolución”, mientras que para el fascista italiano es “una mezcla de sueño, de fantasía, de mito”. En el caso del nacional-socialismo Ledesma descubre, con agudeza, mucho antes que otros estudiosos españoles del tema, la influencia del mito de la raza: “El nacional-socialista vive ese concepto (el de ‘lo nacional’, N.d.A.) como una angustia metafísica, operando en el un resorte biológico y profundo: la sangre. Es por ello racista”. Las tremendas posibilidades del mito de la raza son descubiertas también por Ledesma: “La síntesis de ‘lo nacional’ y ‘lo social’ que es para los observadores y comentaristas extranjeros la suprema dificultad vencida por Adolfo Hitler, aparece a la luz del racismo socialista como una empresa de pasmosa sencillez. La agitación en torno a los problemas de índole social-económica, la tarea de abordar sus crisis y delimitar ante las masas las propios trastornos (...) resulta a los demás pueblos una cosa en extremo árida (...) pero en Alemania se produce una variante fundamental de clarísimo signo racista y cuyo manejo ha proporcionado realmente a Hitler la victoria. Pues la desgracia de cada alemán no es sólo suya, coincide y se identifica con la desgracia de la Patria entera”. La raza va a ser el mito que permita que esas dos esferas que parecen contrapuestas, la de “lo nacional” y la de “lo social”, se fundan. Aparecen como plasmaciones distintas de la realidad más profunda que es “la racial”. La apelación a la

solidaridad de la sangre es lo suficientemente fuerte como para dejar de lado luchas de clases y partidos, pues en última instancia es la misma comunidad étnica la que está en peligro: "...esta especie de apelación a la Patria alemana permitía a su vez a Hitler señalar ante las grandes masas, como originadores y culpables de las desdichas de índole material, no a unas ideas erróneas, ni tampoco a meras abstracciones, sino a enemigos concretos, enemigas de Alemania misma como nación y sobre todo bien visibles y señalables con la mano: de una parte el judío y su capital financiero; de otra, al enemigo exterior de Alemania, Versalles y sus negociadores, firmantes y mantenedores, es decir, a los marxistas y la burguesía republicana de Weimar". Implícitamente nos ha señalado aquí Ledesma también lo eficaz que resultaba la propaganda nacional-socialista, lo suficientemente eficaz como para permitirle un ascenso democrático al poder. La combinación, pues, de unos planteamientos ideológicos y políticos adecuados al momento de grave crisis que pasaba Alemania y una propaganda eficaz en sus temas y métodos dio este resultado: "Iba así comprendiendo el obrero en paro forzoso, el industrial en ruina, el soldado sin bandera, el estudiante sin calor, el antiguo propietario sin fortuna, toda la gran masa, en fin, de gentes como desahuciadas y preteridas en el sistema vigente, que todas sus miserias y toda su desazón era producto de un gran crimen cometido contra Alemania". La posibilidad de que elementos tan dispares se sientan unidos a una misma idea radica en este carácter racista que ya hemos visto y que Ledesma repite: "...estamos en presencia de una idea social, de un socialismo, cuyo móvil reside no en la necesidad de conseguir justicia para los alemanes como hombres a quienes priva de bienestar un régimen económico injusto, sino más bien a la idea de conseguir para Alemania, como pueblo, como raza, como unidad viviente, el régimen social mejor y más justo". Estamos en presencia de un social-racismo, incluíble en la categoría de los socialismos, pero muy distinto de los marxistas "Por eso el anticapitalismo del hitleriano es diferente del anticapitalismo del marxista (...) La idea antijudía y la idea anticapitalista son una misma causa para el nacionalsocialismo".

Tras exponer las peculiaridades y los principios ideológicos que informan al nacionalsocialismo, Ledesma pasa a exponer sus circunstancias políticas. A este respecto, lo primero que señala es su carácter juvenil: "El movimiento hitleriano polarizó, desde luego, en torno a la cruz gamada la capacidad subversiva de las juventudes. Es ese hecho, ese detalle, lo que hace de él un fenómeno moderno, situado en la línea trasmutadora, y lo que lo reafirma como valor revolucionario en el proceso mundial en desarrollo". Porque, para Ledesma, el carácter revolucionario del movimiento de Hitler está fuera de toda duda: "¿Quién puede dudar que las masas hitleristas, aquellas gentes de uniforme parda y la juventud sobre los hombros, eran más revolucionarias y subversivas que los otros, los buenos socialdemócratas, embutidos en sus sindicatos y rebasando sensatez y años por sus poros?". Tal afirmación de principio no le impide reconocer las dificultades que va a encontrar en su camino, que devienen fundamentalmente de las circunstancias en que se produjo la toma del poder por el nacional-socialismo: "Hitler recibió el poder, no sin dificultades enormes, no sin poner a prueba su fe en los destinos finales del nacionalsocialismo, no sin verse obligado a hacer concesiones y hasta casi a tolerar su entrada en la Cancillería amordazado por los junkers. Los junkers (...) le abrieron a Hitler la fortaleza de la Cancillería creyéndole ya reducido y dispuesto a ahogar el mismo la revolución". Ledesma ha descrito admirablemente las circunstancias que rodean el 30 de enero de 1933. Fueron los conservadores quienes intentaron frenar, la revolución nacional-socialista, admitiendo a Hitler como canciller de un gobierno de coalición en el que se encontraba en franca minoría. La historia nos ha demostrado como en la práctica fue él quien defenestró a aquellos conservadores que, sin darse cuenta casi, se vieron despojados del poder en una jugada maestra. Pese a lo que entonces dijo la propaganda anti-nazi, en este extraño maridaje entre Hitler y los junkers quien llevó la voz cantante fue él. Ledesma supo percibir claramente que "Hitler sabía bien que la victoria en el fondo era enteramente suya. Después de dejar atrás, vencida, la enorme mole del marxismo, después de dejar también atrás reducida la potencia militar de Schleicher, ahora el forcejeo con aquellos junkers, con aquellos grupos osados pero sin vigor alguno, le parecía un puro juego infantil, y si le infundían algún respeto era porque detrás de los junkers estaba, todavía vivo, en la

Presidencia del Reich, el viejo mariscal Hindenburg”. Sin embargo, Ledesma, como todos los fascistas radicales, se sintió vivamente impresionada por la “noche de los cuchillos largos”. Una muestra de su exacto conocimiento del nacional-socialismo es el que cite, al hablar de ella, no a Rohm, el jefe de las SA, que en definitiva a lo que aspiraba era a controlar el Ejército, sino a Strasser, personaje menos conocido pero verdadero jefe del “ala izquierda” del NSDAP, y respecto al cual cabe subrayar que su muerte no fue deseada por Hitler, sino que fue el resultado de las extralimitaciones en que incurrieron algunos miembros del “ala derecha” del NSDAP: “Hasta que punto se realizará la revolución nacional alemana y que destino le espera”. Las jornadas de castigo de junio de 1934 demostraron su enorme capacidad patética y dramática. En ellas murió Strasser, el nacionalsocialista más identificado con los intereses verdaderos de las grandes masas populares y en ellos hizo su aparición, por vez primera ante las juventudes, el espectro de la desilusión y el desaliento. Sin embargo Ledesma no pierde por esto la esperanza y su veredicto final demuestra, por una parte, confianza en la revolución nacional-socialista y, por otra, una adecuada comprensión de su categoría histórica: “Todo parece hoy conjurado y Hitler, al frente de los destinos de Alemania, al frente de setenta millones de alemanes, escoltado por los mitos de la raza y de la sangre, es y constituye, cualquiera sea su ulterior futuro, uno de los fenómenos más patéticos, extraordinarios y sorprendentes de la historia universal”.

LA POSIBILIDAD DE UN FASCISMO PARA ESPAÑA...

La afirmación que hacíamos al principio de que Ledesma tenía una completa visión del fascismo y sus problemas creemos que ha quedado completamente demostrada a la largo de las páginas anteriores. Ledesma elaboró también una completa visión de los problemas del fascismo en España, dejándonos con su ¿Fascismo en España? un documento excepcional.

Dada la amplitud del tema deberemos estudiarlo por partes. Hay que empezar por el análisis de las circunstancias generales de España y del fascismo posible en nuestro país.

Ledesma es otro de tantos españoles a los que “les duele España”. Y sabe de sobra que la mayor parte de los españoles comparten ese pesimismo: “Que en España no van bien las cosas lo saben los españoles desde que nacen”. Para Ledesma se trata de un proceso de decadencia histórico: “Parece que España lleva doscientos años o más ensayando el mejor modo de morir”. Pero pese a que España ya no ocupa ese lugar central que tuvo en los tiempos de Carlos I y Felipe II, esta situación no está exenta de gloria “España (...) fue vencida. Sólo se alcanza la categoría de vencido después de haber luchado y eso distingue al vencido del desertor y del cobarde”. Las posibilidades de un renacer español no son, sin embargo, inexistentes, porque, según Ledesma, “...nuestra Patria es de suyo una Patria Imperial, creadora y totalitaria. Nada que sea propio y genuino de otro país encontrará aquí arraigo fundamental y por eso las formas miméticas del marxismo están felizmente proscritas”.

Pero además Ledesma, como cualquier fascista que se precie, piensa que en realidad los precedentes del fascismo hay que buscarlos en su propio país. Así, hablándonos de cómo es el Estado fascista, escribe: “He aquí el Estado militante que perfila nuestro siglo (...) Un Estado Imperial y fuerte, que se acerca a las jerarquías absolutas (...) no quiero dejar de insinuar un ejemplo vigoroso acerca de esos conceptos que hoy presiden las elaboraciones políticas más nuevas: el Estado Español del siglo XVI. La arquitectura funcional del imperio católico de Felipe II. No se ha insistido en ese antecedente —no en lo externo y superficial, sino en la eficacia creadora, incluso en la lógica autoritaria— directo del Estado fascista de Italia”. Sin remontarse tanto en el tiempo Ledesma medita como España ha dejado de recoger las enseñanzas, por lo menos parte de las enseñanzas, de uno de sus más grandes maestros, Unamuno, a quien Ledesma admira y a quien no duda en calificar como pre-fascista: “Pero otros pueblos de Europa recogieron las voces aquellas y ahí están victoriosas y resonantes. Aquella ‘locura colectiva’ que decía Unamuno que había que ‘imbuir a las pobres muchedumbres’(...) Ahí está Italia en pie, viviendo (...) horas triunfales, en pos de las esencias de la Roma Imperial con sentido actual y fidelísimo. Ahí está la Germania

hitleriana, vencida en la guerra y vencedora en la postguerra, con los ojos en las afirmaciones de estos tiempos. ¿Y España?. ¿Que ocurre aquí?”.

Hemos visto repetir con frecuencia a Ledesma la idea de “Revolución Nacional”. Si bien el estudio de este concepto, que ocupa un lugar central en el pensamiento de Ledesma, escapa a los límites de este trabajo, hay que precisar algo más sobre él para que lo que sigue resulte inteligible. Se vio ya como la perspectiva de “lo nacional” es decisiva en Ledesma, quien de hecho concibe “lo social” no como secundario sino como una dimensión distinta de “lo nacional”. Que estas dos esferas se hayan separado es el origen de los males que se viven. El concepto de Revolución Nacional es, pues, clave en el pensamiento ramiriano. Piensa Ledesma que todos los pueblos deben hacer “su revolución” propia, distinta a las de los demás, no sólo por peculiaridades accidentales, sino por responder a una “tradición nacional” y ser a la vez solución a una problemática nacional. Si quizás la idea no ha quedado perfectamente fijada nos basta, sin embargo, para entender lo que vamos a ver a continuación. Pues para Ledesma los males de España devienen de que no ha hecho su Revolución Nacional.

Una Revolución Nacional requiere la extensión generalizada de un sentimiento patriótico “Hace muchos años que es opinión corriente expresar el menguado patriotismo de los españoles. Desde luego si existe está bien recóndito y oculto (...) Ello es un contratiempo para el desarrollo del fascismo”. Ledesma ni siquiera detecta un patriotismo digno de tal nombre en las áreas políticas en las que, en teoría, se debía manifestar: “Lo extraño de España en relación con la que se observa en los demás grandes países europeos, es la ausencia de una doctrina nacional, y de una política nacional operante en lo que podríamos llamar zonas conservadoras”. Se pregunta Ledesma entonces, “¿A qué se debe, pues, la ausencia de una doctrina nacional, firme y animadora? (...) La explicación es sencilla (...) Todos esos países han hecho su Revolución Nacional, es decir, han hecho un reajuste de instituciones y de nortes históricos que les ha permitido avanzar en el camino de la riqueza, del poder y de la cultura”. Por eso los conservadores españoles son esencialmente inoperantes: “Lo conservador sólo es fecundo cuando lo que hay que conservar son conquistas (...) Y sólo entonces lo conservador puede estar al servicio de una doctrina nacional eficiente”. Es este un veredicto que quiere invalidar a la derecha española. Esta profesa, a falta de una “ideología nacional”, de un agruparse en torno a mitos nacionales, una creencia religiosa, que ha podido sustituirlas, desempeñando idéntica función. Pero para Ledesma el tradicional catolicismo español debe ser rechazado como mito nacional efectivo: “A falta de una doctrina nacional ambiciosa y de unas fuerzas robustas a su servicio hemos tenido (...) en España un factor político de carácter religioso, el ingrediente católico (...) el factor religioso y católico en la España actual puede muy bien, no ya ser ineficaz para una posible vigorización española, sino hasta convertirse en un instrumento de debilidad y de resquebrajamiento”. Por todo lo cual Ledesma concluye que “Solo el fascismo puede hoy en España poner en fila las reservas patrióticas de que dispone, abriendo los manantiales a una actitud nacional nueva (...) Sólo un movimiento nacional fascista puede interpretar y desarrollar esta actitud hasta la victoria”.

Ya vimos como Ledesma remontaba las causas de la decadencia española a siglos pasados. Pero para él es especialmente grave el que en su siglo, que está presenciando procesos revolucionarios tan apasionantes, España tampoco acierte a levantar cabeza. Describe así sucesivas frustraciones de la Revolución Nacional española. La primera de ellas: la Dictadura de Primo de Rivera: “En 1923, fecha final de la vigencia constitucional de la Restauración, España tenía ante sí dos fracasos: el del Estado, el del régimen (...) y el de los núcleos enemigos, contrarios al Estado, que no habían producido tampoco lo único que entonces hacía falta: un frente de sentido nacional, con angustia nacional por los destinos nacionales de la Patria española, y por todas los intereses inmediatos y diarios de todo el pueblo”. No era un buen comienzo, pero además la Dictadura tampoco va a tener un brillante desarrollo ni un final feliz: “Comienza así la Dictadura militar de Primo de Rivera cuyo defecto originario era ese, el no venir ni proceder de una realidad nacional, de una acción directa nacional (...) murió agotada, deshecha, de muerte natural, de vejez (...) Primo de Rivera proporciona a España siete años de paz —¡siempre la paz!— durante los cuales

tuvo lugar un auge económico verdadero; pero no hizo reforma agraria alguna (...) y no consiguió nunca la colaboración de las juventudes”.

Pero si fracasó la Dictadura también va a fracasar el siguiente hecho revolucionario de la historia española, la República: “...el movimiento republicano de abril de 1931 no encarnó ni interpretó la suprema necesidad de España desde hace muchos decenios: hacer su revolución nacional”. Sin embargo, para Ledesma el fracaso es comprensible, pues la República venía viciada de origen: “...no es que se haya quedado a medio camino de su realización (...) el mismo 14 de abril, los clamores de ese día y el equipo gubernamental instalado en el Poder ese día presentaban ya como frustrada esa fecha para la Revolución Nacional”. Pero el fracaso de la República es especialmente grave: “El fracaso vertical de la República acontece sin embargo en medio de una situación histórica propicia a las soluciones de signo más fértil”.

Hay que profundizar más. Han fallado esas posibles revoluciones nacionales. ¿Por qué?. Ledesma desglosa y va enumerando responsables. Responsable es la clase política española, tradicionalmente plagada de abogados, gente incapaz de ofrecer alternativas radicales. Ledesma escribe: “El distinguido viejo político señor Ossorio y Gallardo, jefe de la leguleyería nacional, ha declarado a un periódico que los hombres nuevos deben buscarse en la Academia de Jurisprudencia. Hay que salir al paso de creencias así, pues el abogadismo ramplón es el mayor culpable de todas las dificultades que obstruyen hoy la ruta hispánica (...) ¿Pues que dirá un leguleyo ante un deseo joven que consista no en liberarse del deber hispánico, no en aislar su particular destino del nacional, sino en encontrar una disciplina grandiosa a que someterse?. Es el milagro optimista del pueblo ruso, del pueblo italiano, del pueblo alemán, de todos los que han superado el régimen liberal burgués y realizan hoy su tarea colectiva, su plan magnífico, su aventura. ¡Abajo los leguleyos!”. Otro responsable: la intelectualidad española, imitadora, desfasada, sin vigor. Ledesma fustiga así a la institución de más prestigio intelectual de su época, el Ateneo “...el Ateneo, en presencia de los hechos culminantes de estos años —Gran Guerra, pujanza de los yanquis, fascismo italiano, revolución soviética— ha hecho un deplorable papel”. Una grave acusación viniendo de un hombre como Ledesma, que tan profundamente se sentía vinculado a la época que le había tocado vivir. De esta acusación no se libra ni el mismo Ortega y Gasset, a quien Ledesma admiraba en tantos otros aspectos, y a propósito del cual escribe, comentando su libro *La redención de las provincias*: “En el libro de Ortega, igual que en todos sus escritos de política, se advierte la filiación ideológica del viejo Estado, que le impide penetrar en los nuevos tiempos (...) Es lástima, porque si hay en España alguna mente ágil, con soltura y elegancia para hacernos la disección de los fenómenos políticos, es Ortega. ¡Que estudios hubiera podido escribir sobre el Estado soviético!, ¡o bien sobre la musculatura del Estado fascista!”. Junto a los responsables políticos e intelectuales Ledesma no deja de señalar a los responsables de la economía: “España posee un capitalismo rudimentario (...) y vive en absoluto, al margen de toda idea de servicio a la economía nacional española (...) la explotación industrial, como la minera y la agrícola, tienden menos a vigorizar nuestra realidad económica que a servir las deficiencias, y huecos de las economías extranjeras (...) Gentes, pues, para las que el atraso mismo del país es un medio magnífico de lucro”.

Analiza, por último, la actitud ante la Revolución Nacional necesaria de los dos grandes grupos políticos españoles, la derecha y la izquierda de la época en que vive, preguntándose como podían colaborar ambas a la revolución. En cuanto a las derechas, si bien deja sentado el proceso de fascistización (“un sector amplio de esas fuerzas (...) tiende a fascistizarse y a promover soluciones políticas concordantes con el fascismo”) también anota que esta fascistización sólo se produce en sectores marginales de reducida importancia: “las zonas conservadoras prefieren hoy, sin duda, un sistema político de carácter demoliberal y parlamentario, más de acuerdo con su carácter de gentes pacíficas”. Por esto los líderes fascistizados de derecha no llegan a alcanzar una importancia decisiva: “Este hecho es quizás una de las mayores dificultades para los trabajos de un Calvo Sotelo, pongamos como buen ejemplo de líder derechista fascistizado. Calvo Sotelo maneja en sus propagandas últimas resortes de evidente servicio a la causa nacional de España”. Como

vemos, no se opone Ledesma a esta fascistización de la derecha, siempre que la considera honrada. En cambio con los sectores clásicos de la derecha Ledesma sabe que es imposible contar, que su actuación es nefasta: “Tenemos a la vista los resultados de otro líder, Gil Robles. Por lo que interesa al encarrilamiento de España, tras de su vigorización nacional y tras de su fuerza y de su poderío, la labor de Gil Robles ha sido, puede decirse, nula”. Con estos breves trazos nos hacemos una idea de qué piensa Ledesma sobre la posibilidad de que la derecha coopere a la Revolución Nacional: solo sectores marginales de ella, fascistizados, sin que se pueda contar con los grandes líderes y las corrientes que les siguen.

En lo que respecta a la izquierda, Ledesma alberga más esperanzas. Plantea, sin embargo, a la izquierda española una acusación fundamental “El fracaso del izquierdismo consiste en no haber podido desplegar sobre España, con ardor jacobino, una bandera nacionalista, popular, exasperada”. Pese a esto escribe Ledesma: “Un movimiento fascista de envergadura ambiciosa tiene, en la realidad del izquierdismo español, la mejor y más clara indicación de cual es su verdadero camino”. Aparece aquí, con toda nitidez, la figura de Ledesma como “fascista de izquierda”, de un hombre que admiraba a la CNT, a Pestaña, y que en sus últimos escritos dedica frases de elogio y esperanza con respecto a intelectuales de ultraizquierda, como Maurín. Soñó siempre con “nacionalizar” a la CNT. En una conversación con un dirigente de ésta, publicada en los tiempos de “La Conquista del Estado”, ya decía Ledesma: “Sí, claro. El hombre es libre, pero dentro del Sindicato. Si en vez de Sindicato ponemos Estado nos encontramos con el fascismo”. Queda manifiesto el deseo de trasvasar los militantes anarcosindicalistas a un fascismo hispánico, deseo que jamás abandonará Ledesma. Por eso no nos puede extrañar una conclusión de Ledesma especialmente clarividente “En España las derechas son aparentemente fascistas y en muchos extremos esencialmente antifascistas. Y las izquierdas son aparentemente antifascistas y en muchos aspectos y pretensiones, esencialmente fascistas”.

Tras el fracaso repetido de la Revolución Nacional. Y habiendo analizado la posición de las grandes corrientes políticas hacia ella, Ledesma sigue afirmando la urgencia absoluta de ella: “El pueblo español se encuentra ante un tope, en presencia de una línea divisoria”. Indudablemente la solución, para Ledesma, es fascista: “...tal coyuntura sólo puede tener por desenlace la ocupación del poder político por fuerzas nuevas (...) cuyo triunfo tenía que equivaler a la resucitación nacional de los españoles y a la derrota de cuanto en España hay de falso, traidor e injusto (...) Esa apelación y su ejecución victoriosa constituirían la realización del fascismo (...) El primer problema del fascismo consistiría en presentarse ante los españoles como la única fuerza capaz de resolver nacionalmente el fracaso de la República, sin peligro alguno de caer en la rabonada monárquica”. Para la realización de esta tarea Ledesma confía, como no, en la juventud: “Las actuales juventudes españolas (...) las únicas fuerzas creadoras y liberadoras de que la Patria dispone”. Por eso Ledesma conmina a las juventud española para que no falte a su misión: “El problema exacto de las juventudes españolas en este momento es, ni más ni menos, el de alcanzar una plena conciencia de su misión histórica”. La juventud, además, podrá arrastrar a otras capas sociales de gran potencialidad revolucionaria: “...el fascismo español tendría que nutrirse de españoles a la intemperie, de grandes masas hoy desasistidas y en peligro”.

En el último momento Ledesma se siente lo suficientemente optimista como para conceder trascendencia Internacional a este “fascismo español” que debe nacer. Como buen fascista, a la hora de llegar a una conclusión definitiva, va a afirmar que este fascismo es ya tan nacional que, propiamente, no es fascismo y —además— que va a ser este movimiento nacido en España el que provea al mundo de una creación política superior. A la luz del párrafo que sigue algún “avisgado” encontrará argumentos para defender el carácter “no fascista” de Ledesma. Sería absurdo. Párrafos análogos a este, cambiando solo el nombre del país, se encuentran en todos los fascismos europeos que, invariablemente, afirmaban un carácter nacional y, aún más, añadían que sería de su país de donde surgiría la solución del siglo. Si no conociéramos los restantes textos de Ledesma, así como esta inveterada costumbre de los fascistas, este párrafo que sigue podría despistarnos. Situándolo adecuadamente en un contexto exacto, por el contrario, la cita que sigue confirma el

carácter estrictamente fascista del pensamiento de Ledesma: “Han surgido (...) en Europa, una serie de manifestaciones políticas triunfales. Muchos pretenden que se trata solo de dos, bolchevismo y fascismo (...) No aceptamos tal juicio como verdadero (...) Se esta operando una trasmutación mundial (...) Quizá la voz de España, la presencia de España, cuando efectúe y logre, de un modo pleno, de la realidad trasmutadora su sentido mas perfecto y fértil, las formas que la claven genialmente en las páginas de la Historia Universal”.

...Y SU DESARROLLO REAL

Pero Ledesma no nos ha dejado sólo una teorización general sobre los problemas y posibilidades del fascismo en España. Es también una fuente de primera mano para conocer los momentos fundacionales de esta corriente política en España. Para conocer una época cargada de trascendencia en el futuro de nuestra país. Por eso vamos ahora a recoger los datos fundamentales de esta historia tal como Ledesma los dejó escritos. Tanto por la importancia capital de su propia figura como por el hecho de que su versión ha sido silenciada durante mucho tiempo, no ya por la izquierda, sino por el propio franquismo que, por ejemplo, solo muy tardíamente permitió la reedición de *¿Fascismo en España?*.

“Antes de ‘La Conquista del Estado’ no pueden apreciarse esfuerzos de ninguna clase por propagar en España una bandera nacional y social, es decir, una bandera fascista”, escribe Ledesma, fundador y director de aquella publicación, que admite así sin tapujos su carácter fascista, situándose a sí mismo, de esta manera, como introductor en España del fascismo. Ciertamente Ledesma admite que se había ido formando un “clímax” propicio. Pero Ledesma niega categóricamente que antes de “La Conquista” hubiera existido un fascismo organizado; especial énfasis pone en descalificar al Partido Nacionalista Español, de Albiñana, señalado por muchos como iniciador del fascismo español. Ledesma descalificó rotundamente “la gesticulación reaccionaria de Albiñana, al servicio descarado de la aristocracia terrateniente y de los núcleos más regresivos, que quiso presentarse, desde luego, como émulo del Duce fascista”.

Con mucha más simpatía se refiere Ledesma a los escritos de Giménez Caballero, que habían contribuido a difundir una versión más revolucionaria y juvenil del fascismo; aunque Ledesma discrepaba con Giménez Caballero en algunas cosas admitirá que “Giménez Caballero ha alcanzado con sus libros ‘Genio de España’ y ‘La Nueva Catolicidad’ relieve europeo como uno de los más profundos y sagaces interpretadores del fascismo”.

Una vez creado el oportuno “caldo de cultivo” van a ir naciendo las primeras organizaciones fascistas. Ledesma vincula el surgimiento de las JONS a su antecesor inmediato: el periódico “La Conquista del Estado”: “Conste que su filiación fascista (la del periódico, N.d.A) se la damos ahora, al situarla en la historia (...) en el periódico nunca se llamaron fascistas ni se definieron como tales (...) En uno de los últimos números de ‘La Conquista del Estado’ (...) se anunciaba la próxima organización de las JONS (...) Es así, que incluso sin solución de continuidad se enlaza con el periódico el nacimiento de la primera organización conocida en España como influida por el fascismo”. Estos párrafos los ha escrito Ledesma años después de aquella época fundacional. Pero ya entonces había escrito: “Las JONS se han nutrido al nacer de angustias auténticas, afanosas de encontrar para las juventudes que anunciaban su presencia una ruta de honor y sacrificio. La gente, los periódicos y los enemigos, han dicho que hacíamos fascismo, que éramos fascistas. Ni un minuto siquiera han pensado las Juntas oponerse a tal calificativo (...) nos honraba muchísimo esa calificación de fascistas. Nunca, desde luego, hemos reclamado ese nombre para que se aplicase a nuestros militantes”.

¿Por qué?. Por la sencilla razón de que Ledesma había detectado ya un gran confusionismo en torno a la palabra fascismo, que llega hasta el punto de que muchos que se sienten identificados con el están, realmente, en las antípodas políticas del pensamiento de Ledesma y sus JONS. “Sospechamos —escribe— la existencia de bastantes confusiones en torno a la significación del movimiento fascista (...) el error proviene de que, desde el primer día, se nos ha descrito y considerado como un movimiento fascista, y no está el error

en que no lo seamos, sino que en España hay sobre el fascismo la idea más falsa y deficiente posible. Nunca han explotado las JONS ese supuesto carácter fascista que tienen; es decir, que nunca han hecho un llamamiento a los españoles que se ‘creen’ fascistas, con lo que han disminuido, sin duda sus efectivos, y hemos procedido así porque nos constaba que un auténtico fascismo en España tendría, antes que nada, que liquidar y oponerse a los íntimos ‘clamores’ que aquí había”. El texto es meridianamente claro y muestra que Ledesma era perfectamente consciente de que la derecha española, ciertos sectores de ella, verían con sumo agrado un fascismo domesticado, puesto a su servicio. Por el contrario, Ledesma aspiraba a crear con las JONS una alternativa radical, revolucionaria, eficaz. No por eso va a dejar de considerarse adscrito al fenómeno fascista, si bien, como se ha repetido ya tantas veces, un auténtico fascista, un fascista español, ha de buscar su posición no imitando al extranjero, sino en España: “Las JONS se encuentran en Europa —escribe Ledesma— un tipo de Estado, el Estado fascista, que posee una serie de formidables excelencias (...) Las JONS orientan la táctica, sistematizan y aclaran la hora española, localizan al enemigo y construyen una teoría, una doctrina, que ofrecer a las gentes de España. Y es cuando tratamos de perfilar las características del Nuevo Estado (...) es precisamente en ese momento el que nos encara y coloca de moda admirativa en presencia del Estado fascista. Se nos puede denominar por ello, si se quiere, fascistas, pero quede bien claro de aquel o del otro país es ajeno a la raíz nacional, voluntariosa y honda, a que obedecen las JONS”. A lo largo de estos párrafos queda claro el carácter netamente fascista de las JONS. Ledesma, sin embargo, va a intentar no abusar del término “fascista”, y ya sabemos por qué. Lo mismo ocurre con el término “corporativismo”, que en acepciones muy distintas a las por él otorgada era usada sistemáticamente por la derecha española, incluyendo a la poderosa CEDA: “... anda ya por ahí una doctrina que va convirtiéndose en el asidero fácil de muchos cerebros perezosos: el Estado Corporativo (...) No camaradas, no hay que hablar o hay que hablar muy poco, en nuestras filas, del Estado Corporativo (...) Es la única forma de que lleguemos a edificar grandiosamente un régimen corporativista en España, o como en las JONS decimos: nacional-sindicalista”. Y en cuanto al “antimarxismo”, otra consigna típica de la derecha ultra, Ledesma quiere dejar muy marcadas las distancias: “Solo aceptamos la lucha con el marxismo en el terreno de la rivalidad revolucionaria (...) Este es el espíritu de las JONS, que coincide con el espíritu del fascismo, pero no sin duda con el de los núcleos, sectores y personas que, en España, claman por el fascismo”.

Pero en el campo político español van a ir surgiendo otras fuerzas políticas, otras iniciativas, vinculadas al fascismo. Una de ellas es el grupo de Onésimo Redondo, las “Juntas Castellanas de Acción Hispánica”, y su periódico “Libertad”. Aunque procedían originariamente de una zona políticamente ultraderechista, Ledesma los juzgará —a diferencia de a un Albiñana— como políticamente recuperables: “... ‘Libertad’ (...) estaba situada entonces en una zona ultraderechista; destacaba sin embargo, en sus páginas, una inquietud nacional nueva, diferente a la que suele existir en los medios de donde procedía (...) los fundadores jonsistas, deseosos de ampliar el radio de organización no mostraran inconvenientes en gestionar el ingreso de este grupo en las JONS”. Pero no todos eran como los seguidores de Redondo, gente a la que Ledesma estimaba como básicamente honrada, incorporable a un fascismo auténtico. Por el contrario, Ledesma denuncia agriamente la fascistización artificial y deformadora que se veía en ciertos grupos. Uno de sus ataques más directos era, como cabe suponer, para las juventudes de Gil Robles, las JAP: “Esa actitud pseudofascista de las Juventudes de Acción Popular, si no consigue imponer su totalitarismo confesional, si cumple, en cambio, a maravilla, el papel de incrementar entre las masas la confusión en torno al fascismo (...) La prevención que demuestran a la vez estos elementos contra las revoluciones fascistas procede de lo que en estas hay de eficacia revolucionaria. La necesidad universal del fascismo, es decir, su interpretación de una disciplina nacional profunda, de un orden exigentísimo, no se compagina bien con la preponderancia de poderes que aquí quedarían a salvo y con libertades plenas”. Ledesma diagnostica el origen de la oposición real al fascismo que se da en estas fuerzas de la derecha católica española bajo la IIª República: “La oposición de los jefes de Acción Popular a todo posible fascismo es hondamente sintomática. Pues no la

hacen en nombre de una pulcra fidelidad a nuestro propio destino de españoles, al signo y genio creador de España —que es desde donde nosotros miramos con cuidado y presunción al fascismo— sino porque encuentra en este vitalidad nacional, fuerza de masas militantes y activas, voluntad revolucionaria, eficacia combativa”.

Ledesma insiste, una y otra vez, en afirmar que el fascismo es algo muy distinto a lo que las derechas españolas piensan, esperan y desean. Las derechas son, por esencia, incapaces de sentir y desear los mismos fines que los fascistas, y por encima de unas similitudes externas hay una profunda diferencia, tanto en el nivel de los valores como en el de los hechos: “Nadie, pues, se engañe. La lucha contra el marxismo, el camino hacia el Estado Corporativo, es todo, menos una cosa fácil, hacedera con proponérsela sólo una mayoría parlamentaria. El Estado Corporativo, el sindicalismo nacional, presupone una Patria, un pueblo con conciencia de sus fines comunes, una disciplina en torno a un jefe y una plenitud nacional a cuyos intereses sirvan las corporaciones. Es decir, un Estado auténtico, fundido con la ilusión popular y con la posibilidad misma de que haya pan y justicia para las gentes. Y sobre todo cien mil hombres de armas, movilizados, no por la circunstancia de un cupo o de un sorteo, sino por la imperiosidad de salvarse heroicamente (...) Sin eso, nada (...) ¿Cómo hay quien desde un plano pacífico, frío, sin apelación entrañable a la dimensión más profunda de la Patria, se atreve a hablar de corporaciones, vida tensa del Estado y antidemocracia?. Es el equívoco de Acción Popular y de todos los pseudofascismos que andan por esos pueblos, triunfantes o no, como el régimen de Dolfuss, de Salazar, etc...”. Por eso Ledesma siempre se alegrará cuando los líderes de los partidos mayoritarios de la derecha denuncien el fascismo públicamente: “Parece que algunos sectores de las derechas se extrañan o disgustan porque Gil Robles no muestra gran admiración por el fascismo. Pero nosotros lo hemos encontrado natural, lógico y adecuado a la representación política de Gil Robles, que es, típica y fielmente, un ‘hombre de derechas’. Y que por eso, mientras lo sea, no puede mostrarse conforme con el fascismo”.

Ledesma lanza serias advertencias a todos los que aspiran a fundar un fascismo sobre presupuestos derechistas. El párrafo que sigue, redactado en septiembre de 1933, es una advertencia directa a José Antonio Primo de Rivera, que por esas fechas preparaba el lanzamiento de Falange, apoyándose esencialmente en las páginas de “La Nación”, el periódico de Barreta, antiguo órgano oficial de la Dictadura (el párrafo que sigue continúa directamente al arriba reproducido, dedicado a Gil Robles). “Convenía que algunos — escribe Ledesma— fijasen acerca de esto sus ideas, al objeto de que no se produjeran chascos formidables y que se llevaran, sobre todo, quienes andan hoy reclutando un supuesto fascismo español, no ya entre las derechas, sino en el sector y la base de la prensa mas típicamente derechista de España”. Creía Ledesma que era prácticamente imposible que un intento así encontrara éxito. Y, en todo caso, sus contradicciones internas le acarrearían multitud de problemas. Y sin embargo Primo de Rivera siguió adelante con su empeño. Le favorecía el ambiente político, que tras la victoria de Hitler en Alemania, favorecía la aparición de brotes fascistas. Uno de estos fue el periódico “El Fascio”, animado por el citado Barreta, quien, con un criterio de oportunismo económico, lanzó ese periódico, prohibido desde el primer número. En el colaboraron tanto Ledesma como Primo de Rivera. “El episodio fue sintomático — escribe el primero— pero en realidad fue una formidable ventaja que el gobierno suspendiera aquella publicación, que, en medio de algunos aciertos, suponía para el movimiento nacional, una posición falsísima y errónea. Por ejemplo, su misma denominación, ‘El Fascio’, título que no tenía porque decir nada al alma española, era la primera contradicción grave”. El excesivo mimetismo —que desvirtuaba el carácter nacional que debía tener un fascismo auténtico— entorpecerá durante mucho tiempo la vida de Falange, a la vez que demostrará su escasa consistencia real, dado que debía acudir a formas y actitudes imitativas.

Poco le cuesta captar a Ledesma que el joven Primo de Rivera aspiraba a liderar el naciente fascismo español: “Indudablemente tras de Barreto estaba ya José Antonio Primo de Rivera que en esas fechas comenzó a soñar con un partido fascista del que el fuera el jefe”. Pero Ledesma siempre dudó de su capacidad para convertirse en un jefe fascista. Y cuando definitivamente nazca la Falange, se apresurará a señalar sus deficiencias. Una de

ellas va a ser la de su reclutamiento, típicamente derechista: “No vacilamos en afirmar que la gran masa de adheridos en los primeros días a Falange era en gran parte mercancía política averiadísima”. Otro error es el exceso de mimesis: “En la fundación de FE hay que tener en cuenta (...una...) característica: (...) que aparecía desde el primer día como un movimiento de inspiración mimética, descaradamente fascista, es decir, como la organización que se proponía, sin más, conseguir en España, una victoria análoga a la de Italia y Alemania”. Ya hemos visto a Ledesma denunciando la extendida y falsa opinión sobre lo que el fascismo representaba que había en España. Esto va a influir, tanto en el inicial éxito de reclutamiento de FE como en los problemas posteriores con los que se encontrará: “...no se olvide que las adhesiones primeras que, en número considerable, llegarán a Falange, no lo eran a ésta como tal, sino que eran adhesiones al fascismo, que en aquel año de 1933 interesaba en España a amplias zonas de opinión. Ahora bien, el fascismo era interpretado por cada uno con arreglo a su propio criterio, resultando así que se afiliaban (...) gentes con una rudimentaria y falsísima idea”.

FE tuvo, según el diagnóstico de Ledesma, unos orígenes y una evolución muy distinta, pues, a las de sus JONS. Mientras que estas habían elaborado una alternativa fascista, FE se mostraba incapaz de aportar nada nuevo: “FE llegó incluso a redactar una especie de cuartilla, algo así como las primeras verdades reveladas del fascismo, en estilo seco, intelectual y frío. Esa cartilla se titulaba ‘Puntos Iniciales’ y se difundía mucho por toda España. Aparte de las ideas, el ritual y el marchamo fascista (ya en cierto modo internacionalizado) FE no lograba incorporar apenas nada nacional y sugestivo” Pese a todas estas contradicciones Falange se desarrolla más rápidamente que las JONS. No hay nada sorprendente en ello, teniendo en cuenta hechos tan conocidos como la personalidad de sus fundadores, los medios de los que dispusieron y el tipo de recluta que realizaron. En todo caso aquel desarrollo asustó a la izquierda española, para la cual el experimento de las JONS había pasado prácticamente inadvertido. “La victoria de Hitler en Alemania llevó al ánimo de los socialistas la necesidad de defenderse contra el fascismo (...) En la reunión de la Internacional que examinó la derrota de los marxistas germanos, fueron aprobadas unas cuantas consignas para los países donde el fascismo no tuviese aún incremento. Por ejemplo, España (...) Las consignas a que nos referimos pueden resumirse en esta frase: «En los países donde aún no esté organizado el fascismo, debe cortársele de raíz en su período inicial, en sus primeros pasos» “. Pronto los militantes falangistas tuvieron ocasión de sentir el peso de esas palabras y la matanza de jóvenes falangistas sólo empezó a ser contestada con las consabidas represalias después de que la situación se hiciera insostenible. Sobre este aspecto están de acuerdo muchos historiadores y resulta, además, fácilmente demostrable.

La aparición de FE frenó en seco el reclutamiento de nuevos afiliados para las JONS, que se quedaron sin posibilidad de desarrollarse ante la fuerte competencia que le hacía FE. La situación llegó a tal punto que Ledesma debía convocar al Consejo Nacional jonsista para definir “la actitud de las JONS ante el grupo fascista FE”. La convocatoria añadía: “La presencia del grupo FE que, como es notorio, pretende seguir el camino jonsista, es un hecho que en algún aspecto perturba evidentemente el desarrollo normal de las JONS, obligándonos a examinar nuestra propia plataforma”. Existían, según Ledesma, tres tendencias entre los jonsistas respecto al tema. Una pedía el rechazo total de Falange “por sus limitaciones derechistas”. Otra pedía integrarse en FE. Otra, en fin, pedía “captar” a la organización para integrarla en las JONS.

En el seno de Falange se estaba dando también una evolución que facilitaba la fusión con JONS. Ledesma describe por ejemplo como “Ruiz de Alda, joven, de gran sentido popular, podía, sin violencia alguna, mostrarse conforme con el nacionalsindicalismo jonsista. Y Primo de Rivera, desde los tiempos inmediatamente postdictatoriales de sus propagandas ultraderechistas de Unión Monárquica, en 1930-31, venía evolucionando hacia una interpretación revolucionaria del fascismo, que facilitaba la inteligencia con las JONS”. Así pues, la evolución de las JONS y de FE les condenaba a intentar el entendimiento. La fusión sobrevino casi inevitablemente. Pese a ella Ledesma seguía siendo consciente de que las JONS continuaran su trabajo revolucionario: “...los jonsistas, después de la fusión,

sabían que tenían delante dos frentes de lucha, una el enemigo exterior, el que constituiría su justificación como combatientes, y otra, el ancho sector pasadista, quieto, inerte, al que había que vigilar para que no tomase las riendas e hiciese imposible la victoria”.

La unidad de FE y JONS no comportó la esperada aceleración en el desarrollo del nuevo partido. Los problemas internos siguieron vigentes. Y no era el menor de ellos la incapacidad de Falange para hacerse con una base militante de extracción popular. “Todo el mundo en España auguraba al movimiento fascista —escribía Ledesma— como una de las mejores perspectivas, la posibilidad de nacionalizar un determinado sector obrero (...) Esta tenía que ser, efectivamente, una de sus justificaciones. La forma en que nacía FE y su adscripción — en el sentir de las masas— a rutas de poquísima garantía popular, dificultó, por desgracia, esa meta espléndida. La revolución de octubre era de suponer que actualizase de nuevo ese fenómeno. Tanta las enseñanzas que se podían deducir de los sucesos, como la claridad con que estos hicieron que se dibujase en el horizonte político social, junto a la catástrofe marxista, la inanidad e hipocresía de las formas demo-liberales, deberían producir en un gran número de luchadores honrados, una decisión favorable a la bandera nacional-sindicalista del fascismo. Las esperanzas resultaron fallidas”. Ledesma era consciente de lo que esto significaba. Sin una base de este tipo resultaba prácticamente imposible llevar adelante una empresa fascista. Por eso, imposibilitado de crecer, el partido empezó a padecer una agudización de sus tensiones internas que condujo a la separación de FE, definida desde el interior del partido como expulsión. Se convertía en una especie de “bestia negra” para sus antiguos camaradas. Sin embargo él no parece haber guardado esos rencores: “Primo —escribe— publica un nuevo semanario, ‘Arriba’, y centuplicó su esfuerzo hasta reorganizar de nuevo los elementos de que disponía. Insistió con más vigor que nunca en las consignas propias del jonsismo, haciéndose interprete de ellas y su mejor propagador”. No por eso mejoró el porvenir para Falange “La ruta actual de Falange encierra aún evidentes dificultades” señalaba Ledesma.

Para el líder jonsista la principal de ellas no es otra que la personalidad misma de José Antonio Primo de Rivera: “Distingue y caracteriza a Primo de Rivera el que opera sobre una serie de contradicciones de tipo irresoluble, procedentes de su formación intelectual y de las circunstancias político-sociales de donde él mismo ha surgido. Posee seriedad en sus propósitos y le mueve seguramente un afán sincero por darles caza. El drama o las dificultades nacen cuando se percibe que esos propósitos no son las que al le corresponden (...) Véasele organizando el fascismo, es decir, una tarea que es hija de las virtudes del ímpetu, del entusiasmo, a veces ciego, y del sentido nacional y patriótico más fanático y agresivo, de la angustia profunda por la totalidad social del pueblo. Véasele, repito, con su culto por lo racional y lo abstracto, con su afición a los estilos escépticos (...) con su temperamento cortés y su formación de jurista”. No quiere Ledesma dejar en el tintero el gran esfuerzo que ha realizado José Antonio para liquidar los resabios de su formación, “contrariando quizás tendencias de una formación en algún aspecto conservadora y reaccionaria, aceptaba cada día con más firmeza, la ruta social y antiderechista del movimiento”.

En cuanto a sí mismo, tuvo —junto a grandes alegrías— una gran decepción. Pudo constatar que el mensaje nacional-sindicalista, por él creado, trascendía las fronteras españolas, si bien modestamente. Y esto era especialmente interesante para él, que con tanta ilusión deseaba que de España naciera la solución, la ideología, el movimiento que pudiera ser la solución definitiva a la crisis de su tiempo. “Días pasados una Agencia lanzó en los periódicos españoles la noticia de que se había constituido en Portugal un partido fascista bajo el rotulo y bandera de ‘Nacional Sindicalismo’ (...) Ciertamente el doctor Rolao Preto —anotaba Ledesma— fundador y jefe de ese fascismo portugués se inspira en principios ya trazados en su país por los ‘integralistas’ (nacionalistas portugueses de inspiración maurrasiana, N.d.A.). Pero su tónica es la del fascismo italiano. Su afán de eficacia sigue los pasos de Hitler. Y la denominación de su Partido, el hallazgo del sindicato —sindicalismo nacional— como eje fundacional y económico del Estado moderno, pertenecen a las JONS españolas (...) El nacional-sindicalismo portugués, de cuya

constitución dio noticia la prensa, procede ya en rigor de este núcleo español al que aludimos”.

Pero estas alegrías quedan eclipsadas por la profunda decepción que sufría. Decepción provocada por sus antiguos camaradas. Pero también por que cada vez es más consciente de que incluso el fascismo italiano frena demasiado su proceso revolucionario. Por eso Ledesma al final de su ¿Fascismo en España? se manifiesta por la adopción de una postura más radicalizada, afirmando que él y sus camaradas que le han seguido en la escisión de FE “No pretenden ya (...) organizar, ni remotamente, el fascismo. Lo que en las viejas JONS había de fascismo lo recoge hoy Primo de Rivera (...) a Ramiro Ledesma (no olvidemos que la obra está escrita con pseudónimo, N.d.A.) y sus camaradas les viene mejor la camisa roja de Garibaldi que la negra de Mussolini”. Solo con una abundante ración de estupidez se puede afirmar que Ledesma está, así, condenando definitivamente al fascismo. El párrafo debe ser situado exactamente en su contexto. Y por supuesto sin olvidar la trayectoria posterior de Ledesma. Del párrafo sólo se puede extraer una conclusión: que Ledesma ha tomado conciencia exacta de dos necesidades imperiosas que son: eliminar todo mimetismo respecto al fascismo y, simultáneamente, potenciar los aspectos revolucionarios. Y esto porque, como ha escrito Ledesma unas páginas antes de esta cita, “Sí en España, tanto como se habla de fascismo, se hubiera comprendido solo a medias el sentido histórico de la revolución fascista, no habrían hecho su panegírico los sectores que sueñan con ella, y a los que es por completo ajena su realización. Lo que en España alcance y logre un éxito decisivo sobre la amenaza socialista, lo que consiga desplazarlos, asumiendo a la vez la representación directa de los trabajadores, será el fascismo de España, es decir, lo que aquí acontezca que a la luz de la historia se juzgue como análogo al hecho italiano”.

Mientras Ledesma hace estas reflexiones la historia de España se está acercando a un momento decisivo. Estamos en 1935. Ledesma capta el dramatismo de las jornadas que se aproximan. Y se pregunta que papel va a jugar el fascismo en esas próximas y peligrosas fechas: “Nuestra tesis es que España está a punto para la ejecución de la Revolución Nacional”. Confía Ledesma, pues, en que de la crisis revolucionaria que se barrunta salga, por fin, la ansiada revolución hispánica. Ésta debía haber sido la gran ocasión del fascismo español: “El problema fundamental es clarísimo y solo resoluble por una actitud fascista (...) Pues hay en España dos cosas inesquivables, dos angustias (...) Una, extirpar la poquedad actual de España, dar a los españoles una Patria fuerte y liberadora. Otra, satisfacer los anhelos de justicia de la gran mayoría de la población, que vive una existencia difícil y encogida, muchas veces miserable”. Sin embargo, lamentablemente para Ledesma, el fascismo en cuanto fuerza política no estaba lo suficientemente organizado como para asumir plenamente la situación: “Parece evidente que en esta hora de España no existe una fuerza que decida el próximo futuro de la Patria”. Contrariamente a lo que afirmaban las izquierdas, para quienes el mismo Gil Robles y su CEDA eran fascistas, Ledesma concluye que no existe en España una fuerza fascista organizada digna de tal nombre: “No hay, pues, fascismo. Los que mejor lo saben son los antifascistas. Y de ellos, los ejecutores de la revolución de octubre, que saben muy bien que sólo la ausencia de fascismo, del verdadero, les ha permitido recobrar”. Sin embargo, para Ledesma, la situación no admite demoras: “Si no el fascismo, ¿harán frente a la situación los fascistizados? (...) Los fascistizados son una realidad española fuerte”. En realidad era esa misma fascistización la que había impedido el desarrollo de un fascismo auténtico y fuerte. Ledesma describe quienes son esas fuerzas y cuales son sus perspectivas: “¿Quiénes son los fascistizados?. Empresa bien fácil y sencilla es señalarles con el dedo (...) Calvo Sotelo y su Bloque Nacional; Gil Robles y sus fuerzas, sobre todo las pertenecientes a las Juventudes de Acción Popular; Primo de Rivera y sus grupos, hoy todavía en la órbita de los dos anteriores, aunque no, sin duda, mañana. Sin olvidar, naturalmente, a un sector del Ejército (...) esas fuerzas fascistizadas necesitan una acción militar convergente (...) Las posibilidades de un gobierno de fascistizados son muchas (...) Un régimen más o menos militar no está fuera de las características españolas”.

Como vemos es una profecía que se cumplía prácticamente al cien por cien: un gobierno militar sostenida por elementos civiles fascistizados será lo que surja de esta crisis histórica

de España, después del episodio dramático de la guerra civil. En principio Ledesma da un margen de confianza a estos fascistizados; más exactamente, se ve forzado a concedérselo, ya que es consciente de la crisis que se avecina y de la necesidad que se solucione lo más favorablemente posible: “El sistema vigente esta en ruinas (...) Llegará pronto un día... (...) Ese será el momento crítico en que, o toman el poder los elementos fascistizados a que nos venimos refiriendo para ensayar un sistema nuevo, o se abre paso el frente azaña-marxista”. No tardará mucho sin embargo Ledesma en comprender que estos fascistizados van a traicionar de nuevo la esperanza de la Revolución Nacional. El profesor Velarde, en su libro *El Nacional Sindicalismo*, cuarenta años después, recoge el testimonio de un falangista, detenido junto a Ledesma, al que éste le dijo: “Vosotros, si os salváis, vais a quedar muy pocos, y los que quedéis estaréis siempre a merced de los arribistas y logreros que acabarán por dominaros y todo lo que se ha hecho por JONS y FE desaparecerá en la inundación”. Nada de esto ha dejado de ocurrir. Ledesma se fue a la tumba sin verlo, pero era lo suficientemente inteligente como para preverlo. Toda su obra iba a servir a unos fines que él hubiera repudiado. Esa es la gran tragedia de Ramiro Ledesma Ramos.

LEDESMA EN PERSPECTIVA

¿Cómo situar a Ramiro Ledesma?. No es una figura aislada de todos y de todo, sino inscrita en su tiempo. El problema es descubrir cual fue el lugar exacto que ocupa, para que su figura se nos haga enteramente comprensible. Aunque el presente texto aborda un tema muy concreto, y a partir de él no es posible hacerse una idea exacta de la figura de Ledesma, vamos, al menos, a intentar situar a Ledesma dentro de los interpretadores del fascismo.

NO hay posibilidad de entender a Ledesma si no es situándolo dentro del fascismo, y quizás esa sea la razón por la que los falangistas han sido tan reacios a asimilarlo. Ledesma era un fascista típico. “Es, por derecho propio, el primero de los fascistas españoles; el más profundo y, en cierta sentido, el más fascista de todos ellos” escribe, con toda la razón, Ricardo de la Cierva. Pero son muchos los que se han empeñado en “desfascistizar” a Ledesma, apoyándose en algunos textos, donde criticaba al fascismo. Es absurdo. Porque esas críticas son críticas a aspectos del fascismo italiano. Y si se muestra poco partidario de definirse con el término “fascista” se debe a que el triunfo de Hitler en Alemania le había confirmado lo que ya suponía: que el triunfo de un fascismo auténtico no puede construirse al grito mimético —y monopolizado pronto por la ultraderecha— de “Viva el fascio”.

Hay que volver a situar a Ledesma en su justa perspectiva. Fascista hasta la médula. Producto quintaesenciado de una Europa donde el fascismo barría a la democracia liberal y arrasaba al marxismo. Pero la palabra “fascista” hoy suena mal, muy mal. Se ha asimilado a capitalismo feroz, a dictadura reaccionaria, a imperialismo agresivo, a machismo y hasta a cosas mucho más inauditas. No es tarea de este trabajo poner en evidencia estos absurdos. Basta decir que para Ledesma y los que le seguían el fascismo era algo muy distinto. Radicalmente contrario. Aquel fascismo “inmenso y rojo” que describía Brasillach, el joven poeta fusilado en 1945, era para Ledesma como para otros muchos jóvenes europeos, antes que nada, la rebelión de la juventud. Contra un capitalismo antinacional, opresor y hasta desfasado. Contra un marxismo incapaz de superar una estrechísima concepción clasista. En pro de un renacer de las naciones, de la conquista de una justicia social compatible con la fortaleza de las naciones. Con una mística de lo vigoroso, de lo juvenil, de lo castrense. Ledesma, por su formación intelectual, era poco dado a las expresiones poéticas. Pero esta forma expresiva sirvió para describir —y muy bien— a otras plumas y a otros labios, aquel inmenso reverdecir de la juventud europea, que años después sería aplastado por los bombarderos norteamericanos y los carros de combate soviéticos.

El fascismo presentaba un buen cúmulo de contradicciones internas y cometía centenares de errores, algunas gravísimos, Pero para todos aquellos jóvenes europeos era, al menos, una posibilidad de renovación. Una renovación profunda y a todos los niveles, que estaba naciendo en la misma Europa y que estaba siendo protagonizada por los jóvenes.

Eso es lo que “fascismo” significaba para ellos. En eso creían. Y en base a eso hay que juzgarlos.

Los intentos de “desfascistizar” a Ledesma son, lo repetimos, absurdos. Y deformantes. Lo que debe hacerse no es negar su carácter fascista, sino tratar de comprender que significaba para él y sus seguidores el fascismo. Abandonando tópicos y apriorismos; los tópicos del antifascismo están ya muy gastados.

Una de las más sugestivas formas de acercarse a Ledesma es, quizás, compararlo con Drieu la Rochelle. La interpretación del fascismo de Ledesma se complementa admirablemente con la de Drieu. En épocas y en matices. Pues Drieu escribe sobre el fascismo en los últimos años de vida de Ledesma y después de su muerte. Ambos son fascistas radicales y críticos. Sus biografías los unen y los separan a la vez. Ambos intelectuales, Ledesma se inclina más por el pensamiento abstracto, por la ciencia y la filosofía, mientras Drieu se vuelca en la literatura. Ambos son seres básicamente solitarios, pero Drieu ha alcanzado después una popularidad y un reconocimiento a su trabajo artístico del que no ha gozado Ledesma por su trabajo intelectual. En Drieu tienen una importancia decisiva factores que cuentan poco en Ledesma: su experiencia bélica en la Gran Guerra, su exaltación de lo nórdico. Drieu insiste en algunos aspectos fundamentales que no aparecen en Ledesma: equipara el capitalismo y el comunismo, la izquierda y la derecha, tanto al nivel de los valores como en el de las realidades prácticas; y es un decidido europeísta, un decidido luchador para la constitución de una Europa unida y fascista. Pero Drieu y Ledesma coinciden en otras muchas cosas: el deseo de un fascismo más radical en lo social, más ajeno a compromisos con los valores burgueses. Pero —sobre todo— coinciden en su exaltación de la juventud. Hay una frase que los dos repiten: “hay que permanecer fieles a la juventud”. Último rasgo que los une: el carácter ético de su compromiso político. Jean Mabire ha escrito de Drieu que fue “fasciste jusqu’ au bout. Fasciste pour le pire, sans jamais l’ avoir ete pour le meilleur”. Lo mismo cabría decir de Ledesma.

Ha sido De la Cierva quien ha escrito que Ledesma plantea y soluciona el problema teórico del fascismo en España. El crea todos los componentes del nacionalsindicalismo. Cabe decir, pues, del fascismo español. Pues hay que tener una idea muy deformada del fascismo para no ver en cada uno de esos componentes una idea fascista. No en el sentido de copiar a Italia o Alemania, sino en el de afirmar que son componentes ideológicos que se repiten en todos los movimientos fascistas de la Europa de su tiempo. No hay nada, por lo menos nada importante, en el pensamiento de Ramiro Ledesma que no sea fascista. Y esto es lo que explica el actual olvido de su figura porque, ¿quién se atreve a reivindicar a un fascista?, ¿quién a compartir sus valores?... Ledesma ha sido negado hasta por quienes se han empeñado en continuar llamándose nacional-sindicalistas.

NO HAY HEREDEROS

“Había una pequeña agrupación, que se llamaba Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas. Esta agrupación se fundó por un muchacho, Ramiro Ledesma, que siempre ha tenido un revolucionarismo espectacular. No había tales juventudes, porque eran una docena de amigos. Lo que pasa es que como él agitaba una bandera nacional-sindicalista, coincidente en muchos puntos, en lo teórico, con lo que agitábamos nosotros, el hecho de que existieran dos agrupaciones iguales se prestaba a confusionismo”. Así se expresaba sobre Ledesma, en su últimas declaraciones conocidas, las realizadas ante el Tribunal que le juzgaba en Alicante, José Antonio Primo de Rivera. No dejan traslucir la más mínima simpatía. Incluso parecen dar a entender que el mismo se consideraba el creador de esa “bandera nacional-sindicalista”. Esta condena de José Antonio resultará fatal para la figura de Ledesma.

Los falangistas, ya en vida de José Antonio pero aún más tras su muerte, se pueden definir, más que como nacional-sindicalistas, como joseantonianos. Todo lo que se llama falangismo esta basado en la exaltación de su figura. Por eso esta condena ha conseguido para Ledesma el que sea condenado al silencio. Pero, ¿quien ha mitificado a José Antonio?.

Sin duda ha sido el franquismo que hizo de él una imagen mítica, pero desprovista de contenido. Destinataria de todas las retóricas, pero desprovista de cualquier mensaje. Los falangistas antifranquistas —una exigua minoría— lucharon por devolverle a esa figura un mensaje político concreto y revolucionario, pero tampoco pudieron prescindir de la adoración abusiva, constante, casi fetichista, de José Antonio.

Paralelamente a esa mitificación del Ausente el franquismo decretó el silencio en torno a Ledesma. Con un criterio absolutamente discriminador se abordó la edición de sus textos. Y en cuanto a “honoros oficiales” ocurría lo mismo. Todos sabemos cuales se dispensaron a José Antonio, al que se hizo reposar a los pies del Cristo crucificado que preside el altar de la inmensa basílica del Valle de los Caídos. Al mismo Onésimo Redondo se le concedió el título honorífico de “Conde de Labajos” (por la localidad donde murió). En cambio Ledesma no sólo se vio privado de tales honores —podríamos decir que afortunadamente— sino que fue sometido a sutiles vejaciones: Franco, como jefe nacional autonombrado de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, le concedía, a título póstumo, la “Palma de Plata”, mientras que el mismo —el advenedizo, el manipulador de toda su obra— se autoconcedía la “Palma de oro”... Pocas calles, plazas o colegios han recibido el nombre de “Ramiro Ledesma”, frente a los siempre presentes “José Antonio”, “Redondo”, “Calvo Sotelo”, etc. ¿Por qué este rechazo de Ledesma y ese culto a Primo de Rivera?

Se ha pretendido explicar esto en relación con la peculiar personalidad de cada uno. “José Antonio y Ramiro son dos grandes desconocidos del pueblo español; pero éste es también el gran olvidado, y no sólo de los españoles, sino también de los falangistas, que generalmente han caído, sin distinciones ni reservas, en la estafa sentimental del mito joseantoniano. ¿Por que el confinamiento de Ramiro?. Quizá la imagen de Ramiro, reflejo de su personalidad, resultase excesivamente, no solo severa, sino bronca y expeditiva para despertar las lagrimas oscurecedoras del raciocinio, que a la burguesía vencedora le gusta derramar de vez en cuando. Ramiro fue así. Especulador en lo profundo del ser y de la existencia, exacto en el análisis, sensible y poco sentimental, áspero, bronco, como su misma muerte (...) No extraña, pues, que para él la vida fuese lucha permanente, encarada en solitario y apasionadamente”. Así se expresaba un articulista (“Viriato”) en el número de octubre de 1977 de “Patria Sindicalista”, órgano de FE Auténtica. Según esto lo que ocurría es que la figura de Ledesma ofrecía perfiles menos atractivos para manipularlo. Un problema de “look”. Desde luego. Pero también era más difícil de manipular su obra. Porque los textos de Ledesma son mucho más concretos y exactos que los de Primo de Rivera. Se ha podido ver como, en base al mismo texto joseantoniano, unos argumentaban a favor de la democracia orgánica franquista y otros a favor de una sociedad autogestionaria. No es posible llegar a conclusiones tan dispares a partir de textos de Ledesma, que se presta menos a manipulaciones.

El texto arriba citado nos trae hasta otro tema interesante: el abandono en que se tiene a la figura de Ledesma en los mismos ambientes falangistas. Si se hojean colecciones de prensa falangista de los años de la transición política en España se observará que las referencias a Ledesma son escasísimas. Y que cuando aparecen son a un nivel tan bajo que sorprende. Generalmente son artículos donde se informa de los datos básicos de su vida y su obra, detalles que uno supondría perfectamente conocidos por la militancia. He aquí un párrafo significativo, más aún por proceder de un boletín falangista universitario: “...Ramiro Ledesma, quizá el teórico más radical de la Falange, fundador del nacional-sindicalismo, es hoy un desconocido. No ya sólo de la juventud española en general, sino de la misma juventud militante nacional-sindicalista. Es preciso, pues, relanzar su prosa combativa, a fin de completar nuestra ideología en algunos aspectos tácticos y organizativos. Todo joven falangista debería haber leído el ‘Discurso a las juventudes de España’. Semejante párrafo ha sido extraído de “SEU” (Valencia, octubre de 1977). Importantes conclusiones se pueden extraer de él. Simultáneamente se admite el papel decisivo de Ledesma y el total desconocimiento que se tiene de él. Y, pese a esto, de antemano se afirma que se va a emplear “para completar...”, ya que el corpus ideológico fundamental proviene de José Antonio. Un texto básico como el “Discurso” parece ser una extrañeza para los jóvenes universitarios nacional-sindicalistas...

Pero hasta estos pequeños y generalizadores artículos son raros de encontrar, pues la prensa falangista esta obsesivamente volcada en José Antonio. Si se habla de Ledesma es para asegurar que, pese a todo, “no era fascista”. A este respecto el desconocimiento de la propia historia y de los textos de Ledesma no puede resultar más evidente. Veamos algún ejemplo. La revista “Rojo y Negro”, del círculo “4 de marzo”, en su número 0, publicaba unos “apuntes para la historia del nacional-sindicalismo” referentes al “núcleo de la Conquista del Estado”. Se lee, por ejemplo, que Albiñana era fascista, contradiciendo las categóricas afirmaciones al respecto del mismo Ledesma. Y se afirma que Ledesma siempre rehuía el calificativo de fascista. Por fortuna hemos tenido ocasión de ver los textos y comprobar que si bien Ledesma no era partidario del uso indiscriminado del término, desde luego tampoco lo rehuía. Igualmente, el conocimiento personal de los textos es lo que nos permite declarar inválida esta afirmación que aparece en el número ya citado de “Patria Sindicalista”: “Escuchemos esta nada definición del marxismo: ‘La primera visión clara del carácter de nuestra civilización industrial y técnica corresponde al marxismo. Nosotros lucharemos contra la limitación del materialismo marxista y hemos de superarlo, pero no sin reconocerle los honores del precursor muerto en los primeros choques’ (del Manifiesto). No es exclusión, es algo más, superación. En otra parte hablará de la rivalidad revolucionaria frente al marxismo; rivalidad que es competir en calidad, en oferta de lo positivo”. Dejando de lado que en la segunda de las referencias que hace a textos de Ledesma, el autor del artículo manifiestamente trabaja con textos de segunda mano, porque si no habría leído que pone: “los fascistas, los jonsistas, solo admitimos con el marxismo la rivalidad revolucionaria”, dejando aparte esto, digo, el autor de este artículo nos ofrece una visión absolutamente deformadora, basada solo en una ínfima cantidad de textos. Ledesma afirma en decenas de lugares su carácter visceralmente antimarxista. Utilizando la misma técnica que el autor del artículo, una sola cita de Ledesma nos podía haber servido para probar toda lo contrario.

Pero se va más lejos que el simple olvido o la deformación. Se llega hasta el rechazo directo. Un buen ejemplo son los textos publicadas de una tertulia conocida como “las reuniones de la Ballena Alegre”, mantenidas en Madrid a mediados de los años 60 entre militantes falangistas de izquierda. Podemos leer allí: “Durante mucho tiempo se ha estado concediendo a Ledesma una primacía en la doctrina socioeconómica nacional-sindicalista. Sin duda fue el primero en hablar de ella, pero el nacionalsindicalismo de Ramiro Ledesma y el José Antonio de 1935 (...) poco o nada tienen que ver entre sí (...) Ledesma Ramos concebía los sindicatos como instrumentos para la política económica del Estado (...) Se manifestaba en la línea de los movimientos europeos llamados ‘fascistas’ (...) Ledesma Ramos hablaba del Estado Sindical porque los sindicatos eran órganos del Estado (...) José Antonio, sin embargo (...) sitúa a los Sindicatos al margen del Estado, sometidos a las leyes del país, que el Estado esta obligado a hacer cumplir (...) La separación de Ramiro de la Falange ,en 1934-35 (...) se debió, sin duda alguna, a que ideológicamente José Antonio y Ramiro Ledesma hablando con las mismas palabras querían decir cosas diferentes”. Otro periódico de la izquierda falangista, concretamente “Octubre”, del grupo FE Independiente, escribía en enero de 1975: “El enfrentamiento entre José Antonio y Ramiro no fue una cuestión puramente personal (...) Había un fondo doctrinal y de estilo (...) José Antonio poseía un esquema doctrinal ordenado y armónico, un sentido total ante la vida y ante la historia, construido sin elementos contradictorios (...) En Ramiro se advierte una formación doctrinal contradictoria y desordenada. Hay nacionalismo extremista y socialismo no explicitado, intolerancia y gestos a lo Mussolini y clara simpatía hacia algunas actitudes ácratas (...) Consecuentemente no estaba en posesión de un criterio firme (...) En José Antonio se evidencia, además, un Estilo (...) Ramiro, en diciembre de 1934, cuando planteó el complot contra José Antonio (...) está claro que no poseía el Estilo falangista”. Se podría replicar, sin demasiados problemas, a estos dos textos, pero no es ese nuestro objetivo. Sólo tratamos de constatar hasta que punto ha llegado el rechazo hacia Ledesma en las filas falangistas, en los medios que se denominan, ironías del destino, nacional-sindicalistas...

Otro buen ejemplo sería el libro “Falange Hoy”, publicado en 1973. Contiene las respuestas a un cuestionario, formuladas por 41 destacados falangistas o nacional-sindicalistas. Pues bien, solo dos de ellas dedican algo de espacio a la figura de Ledesma.

Uno de ellos, José Briz, que fue destacado miembro de la izquierda falangista donde ocupó cargos de responsabilidad en los años de la transición, pone todo su empeño en “desfascistizar” a Ledesma. El otro es Ismael Medina, periodista que colabora asiduamente en “El Alcázar” y que, pese a estar en una situación política muy distinta, se propone lo mismo: desfascistizar a Ledesma.

Sólo grupos muy marginales han reclamado abiertamente la herencia ramiriana. En diferentes ocasiones se ha tratado de reorganizar las JONS como grupo político, con un mermado éxito. Además, ni estos “jonsistas” se atrevieron a reivindicar plenamente a Ledesma. Un artículo, firmado por José Villaescusa y aparecido en “Historia 16” (nº 2), con el significativo título de “Jonsismo con sifón”. El autor muestra que los neo-jonsistas parecen avergonzarse de muchos aspectos de la ideología del que dicen es su líder: “Ramiro Ledesma, nietzscheano, radical, no temía declararse revolucionario, imperialista y violento, mientras que esos conceptos se ven cuidadosamente marginados por el anónimo redactor de nuestra hojilla” (se refiere a unas panfletos neo-jonsistas, N.d.A.). Otros grupos, en la línea denominada “nacional-revolucionaria” (CEDADE, JNR, FNJ, etc.) recurrieron más a Ledesma que al mismo José Antonio, pero tampoco se les puede considerar como herederos de la línea política de Ledesma. En conclusión, no existe en España desde hace mucho tiempo ningún grupo u organización que pueda considerarse coma heredera directa de Ledesma.

Nota sobre fuentes

Se han utilizado las antologías de “La Conquista del Estado” y “JONS” de Juan Aparicio, la edición del Discurso a las Juventudes de España de 1954 y la de ¿Fascismo en España? de 1968. Otros textos se han extraído del Ramiro Ledesma de Tomás Borrás.

La razón por la que se han utilizado citas tan amplias ha sido la de no deformar su sentido y, por otra parte, nos vemos obligados a ello porque los textos de Ledesma son tan desconocidos que no podemos darnos el lujo de darlos por sabidos.

Los textos procedentes de esas fuentes han sido ordenados de acuerdo con criterios personales, buscando conseguir la mayor globalidad, ya que los datos sobre la interpretación del fascismo por Ledesma aparecen derramados a lo largo de toda su obra.

No aparecen notas con información exacta de donde se encuentran las citas a fin de no cansar al lector con continuas llamadas.

[Estudio publicado en la revista *Revisión*, nº 4 —Monográfico dedicado a la figura de Ramiro Ledesma Ramos—, vol. 1, Alicante, marzo 1986, p. 192 – 221.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 61